

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

Phi

PQ6217
.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 16
no. 1-14

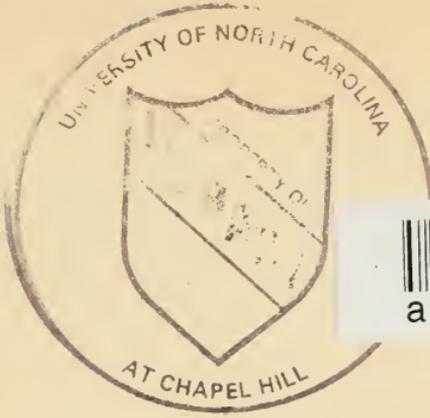
ST
B40

PQ6217

.T44

vol 16

no. 1-14



a 00002 33996 3

eKS
FIVE
out on

2052

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

EL CENTENARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910³

Copyright, 1909,
by S y J. Álvarez Quintero

EL CENTENARIO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CENTENARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 16 de
Diciembre de 1909



MADRID

B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

teléfono número 551

—
1910

Al Sr. Don Rafael Altamira,

noble espíritu de alta idealidad,

*por cariño, por admiración y por
simpatía,*

Los Autores.

REPARTO

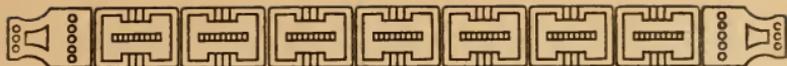


PERSONAJES

ACTORES

CURRITA.....	Matilde Moreno.
DOÑA MARCIALA.....	Julia Martínez.
DOÑA FILOMENA.....	Irene Alba.
EULALIA.....	Mercedes Pérez de Vargas.
CARMEN CAMPOS.....	Magdalena Sánchez.
ROSA.....	Carlota Pazo.
PAPÁ JUAN.....	José Santiago.
TRINO.....	Manuel González.
DON EVARISTO.....	Ernesto Vilches.
ANTOÑÓN.....	Pedro Zorrilla.
ALONSO.....	José Portes.
MANUEL.....	Joaquín Pacheco.





ACTO PRIMERO

La escena en Arenales del Río, y en una sala baja de la casa de Papá Juan. Al foro tres arcos airosos que descansan en finas columnas de mármol, dan paso á un jardín florido y alegre. Sobre cada arco cuelga un transparente de delgadas varillas. Puertas á derecha é izquierda. Muebles relativamente modernos, ordenados y limpios. Cuadros que revelan buen gusto, colocados con admirable simetría. Zócalo de azulejos. Suelo de mosaico, aljofifado y reluciente. Es por la mañana, en el mes de Mayo.

Por una de las puertas del foro salen MANUEL y CARMEN CAMPOS, antigua servidora de la casa ella, y cochero él en la actualidad.

Manuel. Entre usted, Carmen Campos. Aguarde usted aquí, que vi á avisarle á la señora.

Carmen. Dígale usted que no tengo prisa.

Manuel. ¿Eh?

Carmen. Que no tengo prisa.

Manuel. ¡Ah! Vase por la puerta de la izquierda.

Carmen Campos contempla embobada la habitación.

Carmen. Se puen comé migas en er suelo. Siempre ha sío como los chorros del oro doña Marsiala.

Vuelve MANUEL por donde se marchó.

Manuel. Ya viene la señora.

Carmen. Si no tengo prisa.

Manuel. Con Dios, Carmen Campos.

Carmen. Con Dios, Manuer Paez.

Se va Manuel jardín adentro. A poco, por la puerta de la izquierda del actor, aparece DOÑA MARCIALA, señora de unos sesenta y cinco años muy bien llevaditos, bondadosa y tranquila.

Doña Marciala. Hola, Carmen Campos.

Carmen. Dios guarde á ustedé, doña Marsiala. ¿Ustedé está güena?

Doña Marciala. Muy buena estoy, gracias á Dios.

Carmen. ¿Y su papá de ustedé? ¿Y er señorito?

Doña Marciala. Todos buenos. Agachándose á coger del suelo una hojita verde, que tira al jardín. Por supuesto, luego me dice á mí Pepilla que ha barrido esta sala. ¿Te parece?

Carmen. Se habrá entrao con er viento, señorita.

Doña Marciala. Sí, sí; buen viento está. Es que cada día van siendo más puercas. Tú no eras así. Siéntate, mujer.

Carmen. Con su permiso, señorita.

Doña Marciala. ¿Te figuras para lo que te llamo?

Carmen. Argo me figuro; porque por Arenales argo se corre.

Doña Marciala. Ya me hago cargo yo; no es ningún secreto.

Carmen. Sobre er cumpleaños de su papá de ustedé digo yo que será.

Doña Marciala. Justamente. Hay que poner la casa en revolución, y que echarla por la ventana, para darle gusto. Cumple cien años el veinticinco de este mes, y esa fecha quiere él celebrarla como merece.

Carmen. ¡Sien años! ¡Miste que sien años! ¿Un siglo, no es eso?

Doña Marciala. Un siglo; eso es.

Carmen. ¡Cuarquiera lo cree, viéndolo andá como anda toavía por las cayes!

Doña Marciala. Pues si lo oyeras aquí en casa... Más

ánimo tiene que mi marido y que yo misma. Es un milagro de la Providencia.

Carmen. Disen que va á vení su hermano, er que vive en Madri; aunque disen que está mu viejesito.

Doña Marciala. Muy viejecito está. Verdad que tampoco es ningún muchacho. Como pueda, ha escrito que viene. Y vendrá mi hermana María, de Granada, con sus hijós y con sus nietos... Y la tía Carolina—tú la recuerdas —que tiene ya dos hijas casadas también... Y tres primos hermanos de papá Juan, con toda su gente... ¡Y no sé, no sé; porque esta casa, en estos días, va á parecer una república!

Carmen. ¡Jesús, señorita Marsiala! ¡Qué rebomba! ¡Loca va usté á gorverse!

Doña Marciala. Pues yo, menos mal; pero mi marido, que es el espíritu del orden, está con los pelos de punta. Porque, mira; papá Juan se levanta, y como no haya venido ya Currita á buscarlo, se planta en casa de Currita.

Carmen. ¿La nieta?

Doña Marciala. ¡La biznieta! ¡Si Currita es hija de Joaquín, que ya va para los cuarenta años!

Carmen. ¡Jesús bendito! ¡Y lo está una viendo toavía jugá ar toro en la plasa!

Doña Marciala. Bueno, pues entre Currita, que es el demonio, y el bisabuelo, que está como una criatura con los cien años, traen un tejemaneje de cartas y de telegramas, que no quieras pensar. A papá Juan le entra una risa cuando se acuerda de algún pariente más á quien no le ha avisado aún, que da envidia mirarlo. Y en seguida, carta de invitación, que Currita escribe. ¡Y risa y más risa los dos! En fin, quiere que venga hasta un primo segundo suyo que está en las Pampas...

Carmen. Haciéndose cruces. ¡Ay, ay, ay!

Doña Marciala. Creo que serán tantos los huéspedes, que no nos bastará mi casa, con ser muy grande.

Algunos tendrán que ir á la de mi hermano. Y otros, á casa de Joaquín. Allá los menos, porque el pobre no vive en ningún palacio.

Carmen. ¡Ay, ay, ay!

Doña Marciala. Conque, vamos á ver: ¿podrán tus hijas suplir aquí todos estos días?

Carmen. No fartaba más, señorita Marsiala. Siendo cosa de usted... Pué vení mi Rosa, que ya sabe usted que es mu dispuesta; no es porque sea mi hija, pero vale un imperio. Pué vení mi Dolores, porque le escribo yo á Estepiya, y la deja vení su marío. Pué vení mi Carmen, por si nesesita usted argo de costura. Pué vení mi Andrea, que tiene unas manos pa hasé durses, que ni las monjas de la Trinidad, señorita. Pué vení mi Pepa, que aunque es una chiquiya, da el avío. Y de hombres, pué vení mi Juan.

Doña Marciala. Sí; también harán falta algunos hombres.

Carmen. Pos siendo así, pué vení mi Juan y pué vení mi Pedro.

Doña Marciala. ¿Y tu marido?

Carmen. No me lo miente usted. Mi marío es mi condenasión.

Doña Marciala. ¿Qué hace ahora?

Carmen. En la taberna se yeva er día, bebiendo con cuatro gandules, y hablando malamente de los curas. Antes eran los frailes, y ahora son los curas.

Doña Marciala. ¡Vaya por Dios, mujer! Dile de parte mía que deje eso; que los curas no hacen daño á nadie.

Carmen. Ya se lo digo yo; pero me contesta que los curas son los que casan á la gente, y que esa tienen que pagarla.

Doña Marciala. Riéndose. ¡Bah!

Carmen. Cosas der vino, señorita Marsiala.

Doña Marciala. Pues bien, por de pronto, mándame á la mayor de tus hijas.

Carmen. A mi Carmen.

Doña Marciala. Y á la de los dulces.

Carmen. A mi Andrea.

Doña Marciala. Y ya iré pidiéndote á las demás.

Por la puerta de la derecha sale DON EVARISTO, marido de doña Marciala, á quien le lleva cinco ó seis años. Es un vejete acartonado y pulcro.

Don Evaristo. Un tanto nervioso. ¿Se puede saber...? Buenos días, Carmen Campos.

Carmen. Güenos días, señorito don Evaristo.

Don Evaristo. ¿Se puede saber...?

Carmen. Me alegro de verlo á usted tan güeno.

Don Evaristo. Muchas gracias. ¿Se puedesaber quién ha arrancado la hoja de mi almanaque?

Doña Marciala. Yo.

Don Evaristo. Tú habías de haber sido. Estas mujeres... ¿No sabes que las colecciono para quemarlas juntas el primero de año? ¿Y dónde la has puesto?

Doña Marciala. Sobre el estante de caoba. Allí la tienes, hombre; descansa.

Don Evaristo. Malo será que no se la haya llevado el aire ¿Y el cepillo fuerte? ¿el de coco?

Doña Marciala. ¿El cepillo fuerte? También lo he cogido yo. Espérate que caiga donde lo he dejado. Con este trajín... Ah, sí; ya me acuerdo. Aguarda, que yo misma te iré por él.

Se va por la puerta de la izquierda.

Don Evaristo. Así lleva esta criatura más de quince días. No para. No sé qué va á pasarle. Porque no está, no está ya para tales trotes. ¿Cómo la encuentras tú, Carmen Campos?

Carmen. Don Evaristo, yo la encuentro mu bien.

Don Evaristo. Fachada, fachada... Pero la procesión va por dentro. Ese corazón... ese estómago... La máquina se descompone. Me trae preocupadísimo.

Carmen. ¿Sí?

Don Evaristo. Sí. La pobrecita cree que yo me voy á morir antes que ella; pero el día menos pensado nos da el disgusto.

Carmen. ¿Quién piensa en semejante cosa, por Dios?

Don Evaristo. Ya lo verás, ya lo verás... Anda muy flojilla. Yo, en cambio, estoy tan terne.

Vuelve DOÑA MARCIALA con el cepillo fuerte, y se lo entrega á don Evaristo.

Doña Marciala. Ea, toma el cepillo fuerte, agonías de la casa.

Don Evaristo. Dame acá. Cuando yo me quejo...

Doña Marciala. Si te apuras por tan poca cosa, mucho vas á sufrir los días que vienen

Carmen. ¡Digo! ¡Con la revolución que aquí va á armarse!

Don Evaristo. Ya, ya pienso en ello, y me castañean los dientes. Aún estamos solos, y mira... Se señala á los pies.

Doña Marciala. ¿Qué?

Don Evaristo. Mira. ¡Cómo andará la casa! Mira.

Carmen. ¿Qué, señorito?

Don Evaristo. Mira, Marciala, mira. ¡Las botas de los sábados, y hoy es lunes! Con esto te lo digo todo, Carmen Campos. Tú que me conoces... ¿Dónde dices que está la hoja del almanaque?

Doña Marciala. Sobre el estante de caoba te la dejé.

Don Evaristo. Bueno. Adiós, Carmen Campos.

Carmen. Con Dios, señorito don Evaristo.

Vase don Evaristo por la puerta de la derecha.

Doña Marciala. Ahí lo tienes; cada vez más lleno de manías. Con la edad se le desarrollan. Está hecho un viejo.

Carmen. Acuértese usted de que siempre ha sido tan mirao y tan pulío pa toas sus cosas.

Doña Marciala. Sin embargo, á medida que pasan

los años... ¿Tú qué tal lo encuentras, que hace tiempo que no lo ves?

Carmen. Yo no lo encuentro malamente.

Doña Marsiala. ¿No, verdad? Es claro, así por fuera... y visto un momento... ¡Pero me da unas noches...! Una carraspera, una tos...

Carmen. Señorita Marsiala, tos los viejos tienen achaques.

Doña Marsiala. Estoy disgustadísima. El pobre cree que yo voy á morirme antes que él; pero ya verás tú como por desgracia... Está muy cascado, muy cascado. En cambio, yo me siento muy fuerte. Mejor que hace diez años aún.

Carmen. No lo jure usted, que nadie que la vea le echa la edá que tiene, señorita. Usted va á yegá á los siento, como don Juan.

Doña Marsiala. No lo ambiciono, mira. Ni lo espero tampoco. Aquí sale su señoría, con su siglo á cuestras.

Carmen. Me alegro de verlo antes de irme.

Llega PAPA JUAN, en efecto, por la puerta de la derecha. Viene sombrero en mano y apoyándose en un fuerte bastón. Pisa con energía, como si con los pies se quisiera agarrar al suelo. Sus ropas, severas y amplias, dan la impresión de que su cuerpo se ha ido encogiendo dentro de ellas. Cien años pesan sobre él y aún brilla en sus ojos un rescoldo de juventud.

Papá Juan. ¿No ha venido Currita? ¿Y Currita?

Doña Marsiala. Todavía no ha venido Currita.

Papá Juan. ¡Siempre se le pegan las sábanas! ¡Es lo más dormilona...!

Carmen. Señorito, Dios lo guarde á usted.

Papá Juan. Dios te guarde á ti, Carmencilla, que á mí ya me guarda. ¿Qué es eso? ¿Van á venir tus hijas á echar una manita á nuestra gente?

Carmen. Sí, señó; que van á vení. Doña Marsiala siempre se acuerda de nosotras.

Papá Juan. Todo va á ser poco. Rebosando alegría.

Oye, Marciala; ha escrito Rafael. Me promete que como le dé licencia el director de las minas, aquí se planta con su tropa. ¡Je!

Doña Marciala. ¡Dios mío! ¡Buena bandada de gorrones!

Papá Juan. ¡Doce chiquillos, Carmen Campos! Esta casa va á ser una pajarera. Sólo entre nietos y biznietos voy á sentar á la mesa cuarenta y cinco.

Carmen. ¡La escuela de Tortolita entera!

Papá Juan. De todas las edades; desde los treinta años hasta los treinta meses. Una sola nieta me va á faltar, y me tiene contrariado. No sé cómo arreglarlo para que viniera también. Pero no; eso no es posible.

Carmen. ¿Cuál es, señorito?

Papá Juan. Josefina, mi ahijada. No la dejan salir del convento... Como profesó la muy tonta hace cuatro años, no la dejan salir.

Doña Marciala. Claro que no, papá; tienes unas cosas...

Papá Juan. Mujer, por un día... ¿Cuándo va á presentársele otra ocasión por el estilo? ¿No te parece, Carmen Campos? Porque es lo que yo le digo á esta tonta: yo, naturalmente, pienso cumplir otros cien años; ¡pero entonces ya se habrá muerto toda la familia! ¡Por eso quiero reunirlos ahora! ¡Je! Se ríe, y con él doña Marciala y Carmen. Hasta luego. Voy á darle dos azotes á Currita, si no se ha levantado ya.

Doña Marciala. ¿Quieres que te acompañe mi marido?

Papá Juan. ¡A mí no me acompaña ningún viejo! Vase por el jardín con nuevas risas.

Doña Marciala. Lo dejo ir solo. Como no es más que atravesar la calle...

Carmen. Se ve y no se cree, doña Marsiala.

Doña Marciala. Es verdad, Carmen; es verdad. Yo estoy deseando que pasen estos días, porque goza mu-

cho, eso sí; pero se excita, se impresiona... Y que no hay forma de distraerle la imaginación de la idea de su fiesta. El jardín, la huerta, los pájaros, lo que á diario le entretiene, ahora no le importa un comino. No para, no sosiega... ¡Y son cien años los que lleva encima! ¿Vuelve?

Carmen. No, señora; no es é. Es la señorita Filomena.

Doña Marciala. Perpleja. ¿Mi cuñada?

Carmen. La misma: con la niña mayó.

Doña Marciala. ¡Quién quiere morir! El Señor nos tenga de su mano.

Carmen. De modo que vamos á vé: ¿cuándo le mando á usted á las mías?

Doña Marciala. Cuanto antes. Si puede ser, hoy; y si no, mañana.

Carmen. Mi Carmen y mi Andrea. ¡Lo que eyas se van á alegrá! Dios se lo pague á usted, señorita.

Doña Marciala. Anda con Dios. Vete por aquí, y desayuna en la cocina con todos.

Carmen. Muchísimas gracias, señorita.

Se va por la puerta de la izquierda. Por el jardín llegan DOÑA FILOMENA y su hija EULALIA. Visten sencíllamente, y traen mantones de espuma puestos en forma de chal y sombrillas. Doña Filomena, nuera de papá Juan, es una señora cascarrabias y quisquillosa. Eulalia es una victima del genio de su madre, á quien oye siempre con terror.

Doña Filomena. Deteniéndose con su hija antes de pasar á la sala, y con gesto agrio. ¿Se va papá Juan porque yo vengo?

Doña Marciala. Ni te ha visto siquiera, mujer. Se va, porque no ha venido Currita, y va á buscarla.

Doña Filomena. Ahora está Currita en el candelero.

Doña Marciala. Sí. ¿Pero no entran ustedes?

Doña Filomena. Entraremos, *ya que nos lo suplicas*. Juré hace tres meses que ni mis pobres hijas ni yo

volveríamos á poner los pies en esta casa, para no ofender con nuestros harapos.

Doña Marciala. ¡Jesús!

Doña Filomena. Pero siempre he de ser yo la que transija.

Doña Marciala. ¡Siempre! Ven acá tú, Eulalia, hija mía: dame un beso. A tu madre hay que dejarla por imposible.

Eulalia. ¿Cómo sigue usted, tía?

Doña Marciala. Pasando. Tú cada vez más mona y de más buen color.

Eulalia. Me sienta muy bien esa medicina que usted me regala.

Doña Marciala. ¿No te lo dije?

Doña Filomena. ¿Está tu marido?

Doña Marciala. Está. ¿Quieres verlo?

Doña Filomena. ¡Vamos! Hoy está. Venimos con suerte. Milagro. Porque hay días en que está, y en que se dice que no está. Las cosas claras y el chocolate espeso.

Doña Marciala. ¿Necesitas hablar con él?

Doña Filomena. Y contigo.

Doña Marciala. Pues voy á llamarlo. Perdóname un instante. Se va por la puerta de la derecha.

Doña Filomena. A llamarlo, ¿eh? ¡La que no te conozca, que te compre!

Eulalia. Mamá, ¡por los clavos de Cristo!

Doña Filomena. Ya te he dicho que vengo de malas. Y me oyen; me oyen. Lo que es hoy, vuelco el saco.

Eulalia. Como siempre.

Doña Filomena. Como siempre ó como nunca; pero vuelco el saco. Vengo de malas. Me han hecho ya muchas... ¡muchas! y vengo de malas.

Eulalia. Pero ¿tú no comprendes que se van á cansar de favorecernos? ¿Tú no ves que vivimos de lo que nos dan unos y otros?

Doña Filomena. Esa es su obligación; hacen lo que deben. Sobre que una mesada ridícula, no los autoriza á ofendernos á todas horas. ¡Si levantara la cabeza tu pobrecito padre! ¿Te fijaste en la carita que puso tu tía cuando te vió la blusa?

Eulalia. ¿Qué había de poner ninguna cara, por Dios?

Doña Filomena. ¡Inocente! ¡Si lo del beso que te dió fué para ver si era de seda! La conozco muy bien á esa suavona. Tiene más debajo de tierra que encima. Y el otro, el Evaristo, ni á misa voy con él. ¡Es de lo más malo!

Eulalia. ¿Malo el tío Evaristo?

Doña Filomena. Vaya, hija, que para ti todos son unos santos menos tu madre. ¡Es mucha desgracia!

Salen DOÑA MARCIALA y DON EVARISTO.

Don Evaristo. ¡Dichosos los ojos, Filomena!

Doña Filomena. Hipocresías, no, ¿eh?

Don Evaristo. Mira, Filomena: si vienes con tus cosas, como de ordinario, doy ahora mismo media vuelta. Sí; porque acabo de tomar la manzanilla, y no quiero que me la conviertas en veneno.

Doña Filomena. Pues con mis cosas vengo, sí, señor.

Don Evaristo. ¿Y tú, chiquilla? ¿Cómo andas?

Eulalia. Ya me ve usted, tío. Usted está muy bien.

Don Evaristo. Hago cuanto puedo por conservarme.

Eulalia. Y lo consigue usted á maravilla.

Don Evaristo. Así, así. ¡Te encuentro muy elegante y muy maja!

Doña Filomena. Con las de Caín. ¡Ejem!

Doña Marciala. Es verdad; que traes una blusa preciosa.

Doña Filomena. ¡Ejem! ¡ejem!

Eulalia. ¿Le gusta á usted, tía?

Doña Marciala. Mucho; mucho me gusta. Es preciosa.

Doña Filomena. De París la hemos recibido.

Doña Marciala. No; ya sé yo que ella y sus hermanas se cosen cuanto llevan puesto. Esa pulla no viene á nada absolutamente.

Don Evaristo. Ni esa pulla ni ninguna pulla, señor. No puedo con las pullas. Vamos á ver, en sana paz... qué te trae por aquí.

Doña Filomena. Ibas á decir qué tripa se te ha roto.

Don Evaristo. Lo que te dé la gana iba á decir.

Doña Marciala. Pero ¿no nos sentamos?

Doña Filomena. Ya era hora de que lo preguntases, hija mía. Se conoce que has estado resistiéndote, á ver si era visita de pie. Pues te equivocas: podrá ser la última que haga á tu casa; pero es de silla.

Eulalia. ¡Ay, mamá!

Doña Filomena. Encarándosele. ¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá! ¿Qué tenemos con ay, mamá? ¡Jesús con la niña! Pídele á Dios que tu suegra, si alguna vez la tienes, se parezca á mí. Que no la tendrás, porque te faltará quien te dote. Como no has caído en gracia, *como otras...*

Eulalia hace un gesto de absoluta resignación, en el que coincide con doña Marciala y don Evaristo. Todos suspiran y se sientan.

Doña Marciala. Bueno: tú dirás...

Doña Filomena. Vamos por partes. En primer lugar, yo, ¿soy de la familia?

Doña Marciala. ¡Claro! Te casaste con un hermano mío...

Don Evaristo. Suspirando. ¡Que en paz descanse!

Don Evaristo atiende al coloquio de doña Marciala y doña Filomena, barajando en todas las formas conocidas los dedos de ambas manos. Eulalia escucha disgustada, deseando intervenir y sin conseguirlo.

Doña Filomena. Lo pregunto, porque si soy de la familia, no lo parezco.

Doña Marciala. ¿Por qué?

Doña Filomena. No lo parezco; no lo parezco.

Doña Marciala. ¿Por qué no lo pareces?

Doña Filomena. No lo parezco, porque á estas horas sabe todo el mundo en Arenales, menos yo, que se prepara en esta casa una gran fiesta de familia.

Don Evaristo. Sí; ya vemos que tú no lo sabes.

Doña Filomena. Por donde debiera saberlo no lo sé.

Doña Marciala. Papá Juan ha estado dos veces en tu casa, para hablarte de ello, y no te ha encontrado ninguna.

Eulalia. Eso iba yo á decir.

Doña Filomena. Tú te callas. También ha sido casualidad que papá Juan no me haya encontrado las dos veces.

Doña Marciala. ¿Y qué quieres tú que yo le haga?

Doña Filomena. ¿Y no hay aquí tintero, pluma, papel y sobre?

Doña Marciala. Te hubieras puesto buena tú si te avisamos por escrito.

Eulalia. ¡Claro!

Doña Filomena. ¡Chist! Están hablando personas mayores. Don Evaristo le guiña á Eulalia. Te he visto guiñar: no creas que se me ha ido por alto. Bien; paso por esta falta de atención, porque yo pasó carros y carretas; pero vamos á lo segundo. ¿Qué fiesta va á ser esa?

Doña Marciala. Mujer, ya puedes presumirlo: celebrar reunidos, todos los que de cerca ó de lejos formamos la familia, el centenario de papá Juan. Sueña con ello el pobre.

Doña Filomena. Ah, ¿*todos*?

Doña Marciala. Todos; sí. Suponiendo que sea posible, todos.

Doña Filomena. ¿De manera que *todos*? ¿Vamos á ser *todos*?

Doña Marciala. Ya oyes que todos.

Doña Filomena. Pues yo sentiré muchísimo descomponer el cuadro, pero si viene Guadalupe, mis hijas y

yo, nos quedamos en nuestra casa. Comiendo papas y garbanzos, pero en nuestra casa.

Don Evaristo. Levantándose un poco descompuesto. Bah, bah... No hay modo de... Se me va á agriar la manzanilla. ¡Es un cúmulo de impertinencias!

Doña Filomena. ¿Impertinencias? Pero ¿tú no sabes que Guadalupe y yo estamos así? Choca los dos índices por las puntas.

Doña Marciala. ¿Y qué tiene que ver? ¿En una ocasión como esta te vas á andar con tonterías?

Eulalia. Es verdad; es mucha verdad.

Doña Filomena. ¿Cómo voy á decir que te calles? ¿Tontería llamas tú á la última que me hizo Guadalupe?

Doña Marciala. Mira, Filomena; eres capaz de hacer saltar á un santo de palo. La última que te hizo Guadalupe no sé cuál sería; sé que la primera fué regalarte, cuando tu marido murió, la casa en que vives ahora.

Doña Filomena. ¡Refriega, hija, refriega! ¡Buena está la casa! En tapar las goteras me estoy yo gastando más de lo que ella vale. ¿A que no me regala la que vive?

Don Evaristo. ¡Naturalmente! ¡Eso ya es disparatar á chorro suelto, Filomena!

Eulalia. No se altere usted, tío Evaristo.

Don Evaristo. ¡Hija de mi alma, no hay paciencia que bastel!

Doña Filomena. Levantándose de repente. Tranquilízate. Tranquilízate tú también, Marciala.

Doña Marciala. No; si yo estoy bien tranquila.

Doña Filomena. Y yo. Se salieron ustedes con la suya. La cuestión era que yo no viniese á la fiesta. Las pobres estorbamos. Soy el garbanzo negro de la olla. Vámonos, Eulalia.

Doña Marciala. Filomena...

Doña Filomena. Vámonos, Eulalia.

Doña Marciala. Le vas á dar un disgusto á papá Juan.

Doña Filomena. No es flojo el que me llevo yo. Vámonos, Eulalia.

Doña Marciala. Déjamela aquí hoy, ya que ha venido...

Eulalia. Sí...

Doña Marciala. Almuerza con nosotros, y luego me ayuda á mí á disponer cien cosas...

Eulalia. Sí, sí...

Doña Filomena. Mi hija no friega platos mientras viva su madre.

Eulalia. ¡Mamá!

Doña Marciala. Si no te conociera de sobra, Filomena, me ofendería lo que acabo de oírte. Ni tu hija friega platos, ni yo tampoco. Pero llevátela en buen hora, que yo no quiero sino que se haga tu voluntad.

Pausa. Eulalia contiene los sollozos.

Doña Filomena. ¡Vaya! ¡Se nos va á derretir la manteca de Flandes! Quédate, hija, quédate, si ha de costarte una llantina. El resultado es que en cualquier parte estás más contenta que en tu casa.

Don Evaristo. El resultado es que, como yo me temía, la manzanilla se me ha vuelto ácido sulfúrico.

Doña Filomena. Más claro no me puedes decir que estorbo. No me lo dirás otra vez. Adiós, Marciala.

Doña Marciala. Adiós, Filomena.

Doña Filomena. Adiós, Evaristo.

Don Evaristo. Adiós.

Doña Filomena. Adiós, hija. Te dejo en el palacio, donde nos humillan, y me voy á mi choza con la frente muy alta. Vivir para ver. ¡Ay, Dios mío!

Se va por donde llegó sin decir más palabra ni mirar á nadie, tiesa como una escoba.

Doña Marciala. Pero, señor, ¿gesto á qué viene?

Don Evaristo. Viene... viene á... viene á... sintiendo el efecto de la manzanilla envenenada. ¡Ya sé yo á lo que viene!

Doña Marciala. ¿Qué le pasa á tu madre con nosotros, Eulalia?

Eulalia. Si no es con ustedes, tía Marciala; si es con todo el mundo. Cada día está más fuera de quicio. ¡Yo lo siento, porque es mi madre; pero tiene un genio que no hay modo de resistirla!

Don Evaristo. No hay modo, no.

Eulalia. A las niñas y á mí, nos trae por la calle de la amargura. Lo que es yo, kilo que gano con la medicina de usted, kilo que pierdo con sus cosas. Así es que cuando me veo libre de ella un momento, respiro á mis anchas. Dios me va á castigar, pero respiro. Mire usted, tía Marciala: está así con tía Guadalupe... Chocando como doña Filomena, los dedos índices.

Doña Marciala. ¿Pero por qué está así, Dios mio?

Eulalia. ¡Por nada! ¡Porque tiene que estar así! Está así con papá Juan y con ustedes; está así con Currita; está así con todas las visitas de casa... ¡Ay, señor, yo no puedo más! ¡Tía Marciala, le juro á usted que yo no puedo más! ¡Es un suplicio superior á mis fuerzas! ¡No puedo más! ¡Ojalá me salga pronto un novio para casarme!

Don Evaristo. A mí me amarga todos los alimentos. ¡Nunca ha de cogerme en ayunas!

Sale MANUEL por el jardín. En la mano trae un papel escrito.

Manuel. Con permiso, doña Marsiala.

Doña Marciala. ¿Qué hay, Manuel?

Manuel. Un hombre que ha yamao ar postigo, con el empeño de que le entregue á usted este papé pa que usted lo lea.

Don Evaristo. Aplica el cuento; consecuencias de abrir la mano en las limosnas. Hay que fijar un día, ó nos van á asar.

Doña Marciala. Bueno, lee tú, que yo no tengo aquí mis gafas.

Eulalia. Traiga usted, tía. Lee el papel, que sorprende sobre manera á ella y á los viejos. «Nobles señores de este rico palacio...»

Don Evaristo. Sí; cualquier monserga.

Doña Marciala. Calla.

Eulalia. «Un juglar que viene de tierras lejanas, divirtiéndose los ocios de los grandes, ha sabido acaso que el cielo conservó cien años la vida del patriarca de esta hidalga familia, y pide albergue por unas horas para cantar en su prez y gloria trovas que él compuso.»

Don Evaristo. ¿Eso dice? Nunca he visto una cosa más rara.

Doña Marciala. Ni yo tampoco. A mí me da miedo, Evaristo.

Don Evaristo. ¿Qué pinta tiene el pájaro, Manuel?

Manuel suelta la carcajada, que ha contenido hasta aquí á duras penas.

Doña Marciala. ¿De qué te ríes tú?

Don Evaristo. ¿De qué te ríes?

Manuel. ¡De que miste quién es er pájaro!

Aparece TRINO en el jardín, riéndose. Viene de viaje. Es un nieto de papá Juan, que ya ha cumplido treinta años, y que goza entre los suyos fama de hombre sin atadero.

Doña Marciala. ¡Trino!

Eulalia. ¡Trino!

Don Evaristo. ¡Si es Trino!

Doña Marciala. ¡Trino había de ser!

Trino. Repartiendo abrazos. ¡Tía! ¡Tío Evaristo!

Doña Marciala. ¡Y nosotros haciendo cábalas con el mensaje!

Don Evaristo. ¡Pero, hombre! ¿Sin avisar?

Trino. ¿Cómo que no? ¡Un juglar que viene de luegas tierras! ¡Ya lo he dicho en ese papel! ¿Y tú, Eulalia?

Eulalia. Bien, ¿y tú, Trino?

Trino. ¡Volando lo que puedo! ¿Era tu madre la que salía?

Eulalia. Mi madre era.

Trino. Pues la llamé por su nombre, y apretó el paso.

Eulalia. ¿Es posible?

Trino. Papá Juan ya me ha dicho Manuel que ha pasado ahí enfrente.

Don Evaristo. Pero no tardará en volver. ¡Qué alegría vas á darle!

Doña Marciala. Oye, Trino: ¿traes algún equipaje, por supuesto?

Trino. Un baulillo traigo, sí, señora. ¡Y el laúd!

Doña Marciala. Ya lo oyes, Manuel. Recógelo todo, y súbelo á la sala de los retratos. Luego dispondré yo.

Manuel. Está bien, señorita. *Retrase.*

Don Evaristo. ¡Vaya, vaya, con el chasco del trovador!

Doña Marciala. ¡Siempre caes como llovido del cielo!

Trino. ¡Siempre! ¡Es mucho mejor para todos! Evito inquietudes y molestias, y se me recibe con más alegría.

Don Evaristo. ¿Van á venir tus padres?

Trino. ¡Pues claro que van á venir!

Doña Marciala. ¡Ajajá! ¡Qué ganas tengo de abrazar á mi hermano! ¿Está muy viejo?

Trino. ¡No!

Eulalia. ¿Y Pepe, vendrá?

Trino. ¡Vendrá Pepe!

Eulalia. ¿Y Rorri?

Trino. ¡Rorri también! Mis hermanas vendrán las cuatro. Pilar, con su marido y sus tres hijos; Anita, con su marido y sus dos hijos; Bebe, con su marido y su hijo... y Rorri... con su novio. ¡La bandada completa! ¡Y el pájaro delantero soy yo!

Don Evaristo. ¡En el nombre del Padre! No sé, no sé lo que va á ocurrir en esta casa.

Trino. ¡Lo que yo me he acordado de usted, tío Evaristo, al pensar en esta invasión! ¡Adiós el ritmo de sus días! ¡Adiós el orden de los cepillos y de las hormas!

Don Evaristo. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien te burlas, tunante!

Doña Marciala. ¿Y será esta, Trino, la temporada larga que vas á quedarte con nosotros, ya que te cogemos aquí?

Trino. Esta no puede ser, tía Marciala.

Doña Marciala. Espantárame yo.

Eulalia. ¿Por qué, primo Trino? Cuando pasas por Arenales, pasas siempre como un relámpago.

Trino. Así me gusta pasar por donde quiera.

Doña Marciala. No estás tú mal relámpago.

Don Evaristo. Mal trueno, dirás. ¡Qué tipo de sobrino este!

Trino. Pues en cuanto celebremos el centenario de papá Juan, me marcharé á París.

Eulalia. ¿A París nada menos?

Doña Marciala. ¿Y á qué vas á París?

Trino. A casarme.

Eulalia. ¿A casarte? ¿Te has echado una novia francesa?

Doña Marciala. Esa es muy gorda, y no pasa por debajo del puente.

Eulalia. Pero ¿tienes novia en París?

Trino. No.

Don Evaristo. Pues hombre... es lo primero...

Eulalia. Entonces, ¿cómo vas á casarte, mentiroso?

Trino. Verás tú: en un periódico de allá, que no diré que es de la cáscara amarga, pero que de la dulce no es, he leído el anuncio de una señorita intachable, joven, bella y rica, sentimental y soñadora, que desea casarse con un caballero español de tales y de cuales

prendas. Y por las prendas, no parece sino que me conoce muy de cerca, ó que me ha vislumbrado en sueños una noche. Le he escrito una carta llena de ansiedad y de fuego, le he mandado dos retratos míos, uno en traje de calle y otro en traje de baño, para que sepa á qué atenerse, y en cuanto reciba su respuesta tomo el tren.

Doña Marciala. ¡El diablo que te crea una palabra!

Eulalia. Mientes como nadie.

Don Evaristo. ¡No, no miente! ¿Qué ha de mentir? ¡Es muy capaz de hacer todo lo que ha dicho! Yo, desde que quiso declararse súbdito japonés, no hay chifladura que no crea de esta bala perdida.

Doña Marciala. Pues mira, Trino; como te dé calabazas la francesa, cosa que yo le voy á pedir á Dios en mis oraciones, desde ahora me has de prometer quedarte con nosotros un mes para buscar consuelo.

Trino. ¡Prometido, tía! ¡Jurado, si no basta! ¡Si á mí la vida en familia me enamora!

Doña Marciala. No digo que no; pero lo disimulas cuanto puedes.

Trino. ¿Ah, sí? Pues á ver quién ha venido á esta solemnidad primero que yo. Las cosas hay que demostrarlas á tiempo. Yo, con esta capa de ave de paso, soy un verdadero amante de la familia. La prueba es que tengo un proyecto...

Doña Marciala. En proyecto se quedará.

Trino. ¿A que no?

Doña Marciala. ¿A que sí?

Trino. ¿A que no? Tengo un proyecto... Voy á escribir un libro, tía Marciala, que va ser el libro más pintoresco y más gracioso que se haya visto.

Eulalia. Sí que lo será si lo escribes.

Don Evaristo. Yo también niego que lo escriba. Se declara súbdito japonés, pero no escribe el libro. La cuestión es hacer cosas que exijan poco tiempo y poca constancia, y que lleven un toque de novelería.

Trino. Tendré el gusto de leerle á usted mi libro antes de mandarlo á la imprenta. *Mis antepasados*. Así lo pienso titular: *Mis antepasados*.

Don Evaristo. ¡Chúpate esa!

Trino. No se ría usted.

Don Evaristo. Pero ¿tú qué sabes de tus antepasados?

Trino. ¡Ay qué gracia! ¡Más que usted, con tanto librote y tanto legajo amarillento! Porque sobre el estudio que sin contárselo á nadie he hecho de la familia, percibo dentro de mi alma la influencia de casi todos los que han vivido antes que yo.

Doña Marciala. ¡Ave María Purísima!

Trino. ¡Como usted lo oye! No te rías tú tampoco, Eulalia. Ha habido en nuestros ascendientes héroes y mártires, y poetas y músicos, y frailes y monjas, y granujas y aventureros... ¡Pues de todos ellos tengo yo algo! Exaltándose. ¡De todos! ¿No hubo un abuelo de papá Juan que se fué á la India á predicar á los salvajes la religión de Cristo?

Doña Marciala. Sí, por cierto; lo hubo.

Trino. Pues yo mil y mil veces he sentido ese anhelo de sacudir con mi palabra las almas dormidas y deslumbrarlas con la luz de un arte ó de una religión. Hablo completamente en serio. Otras veces me abrasa —unan ustedes estos dos venates— el ardor bélico, el patriótico tesón de aquel alcalde de Arenales del Río, que incendió su casa por no entregarla á los franceses. Otras me compro un violín, y me llevo las horas muertas, como el tío Gustavo, buscando en la música la íntima expresión de mis sentimientos, el único refugio de mi alma, que necesita confesarse á solas... Otras veces sueño en darle la vuelta al mundo, como el bisabuelo marino. Otras veces quiero, como ustedes, orden y reposo, y tranquilidad y descanso... ¡Qué sé yo cuántas cosas quiero y cuántas cosas soy! Lo malo del caso

no está en estas rachas, en estas ventoleras en que vivo á merced del influjo espiritual de alguno de mis ascendientes. Nada importa ser un mes místico y otro mes incendiario. ¡Lo terrible es que hay horas en mi vida—¿qué digo horas? ¡semanas!—en que siento dentro de mí á todos los parientes juntos!

Risas de los tres que lo oyen.

Dona Marciala. ¡Jesús!

Trino. Y entonces, tía—créame usted bajo mi palabra,—no hallo en lo humano otra solución que pasarme quince días acostado; porque ¡claro es! un hombre con esa balumba de sentimientos y de pasiones dentro de sí, no puede andar suelto por las calles.

Nuevas risas.

Eulalia. Escucha, Trino; y entre los antepasados ¿no hubo ningún loco?

Trino. Ninguno, que yo sepa.

Eulalia. No dirán lo mismo tus nietos.

Doña Marciala. ¡Anda con la primita!

Trino. Bien; pues si parezco loco, tanto mejor. Todo es preferible á pasar por la vida sin enterarse de ella. El alma de un hombre no es una piedra de molino. Detesto á los que nacen buenos y ya son buenos á todas horas, ó á los que nacen malos y ya lo son siempre, sin una oscilación, sin una contradicción en el espíritu. ¿No es mucho más simpático, señor mío, tener vergüenza por la mañana y no tenerla por la noche?

Don Evaristo. ¿Cómo ha de ser eso más simpático?

Doña Marciala. ¿Te parece, Trino, que ya basta de disparatar? ¿Tú no vas á sacudirte el polvo del viaje?

Trino. Yo no voy aquí más que á lo que disponga mi tía. Abrazándola. ¡La flor y nata de las tías cariñosas!

Doña Marciala. ¿Me vas á sacar en tu libro?

Trino. ¿Cómo no? ¡Y no habrá para usted más que elogios! ¡Y se dirá que tiene las mejores manos conocidas para hacer pestiños y alfajores!

Doña Marciala. ¡Ya salieron los alfajores! Eulalia, ven conmigo á ver en dónde instalamos á este trovador de lejanas tierras... que se parece por los alfajores.

Eulalia. Vamos, tía; sí. Eso quiero; que me mande usted muchas cosas.

Doña Marciala. Hay tarea larga, no te apures. Aguarda aquí un instante, Trino.

Trino. Usted manda en mí, doña Marciala.

Doña Marciala. A Eulalia, con quien se va por la puerta de la izquierda. Así que coloquemos á este, subiremos al segundo piso, y la emprenderemos con la mantelería. Temblándole estoy á ese renglón.

Trino. Tía Marciala, diga lo que quiera, goza lo indecible con estos arreglos. Está en sus glorias.

Don Evaristo. Sí, pero ya le coge á una edad... Los años, los pícaros años... ¿Cómo la encuentras tú?

Trino. Yo la encuentro perfectamente. Mejor que á mi padre. ¡Más joven y más guapa que la última vez que la vi!

Don Evaristo. Pues todo es fachada, hijo mío.

Trino. ¿De veras?

Don Evaristo. ¡Todo! La pobre ya es una ruina. El día menos pensado nos da el disgusto.

Trino. ¡Exagera usted!

Don Evaristo. No; desgraciadamente no exagero. Lo veo bien claro. Porque, ahí tienes; como te digo una cosa te digo dos. Yo estoy asombrado de mí mismo. No he notado en mí la menor decadencia.

Sale DOÑA MARCIALA.

Doña Marciala. Trino.

Trino. Tía Marciala.

Doña Marciala. Ven conmigo, que será mejor que tú elijas la jaula que más te acomode.

Trino. ¡La que no quiera nadie, tía! ¡Que por mí no haya piques! ¡Yo duermo en una caña!

Don Evaristo. Pues en cuanto te lavotees y te arre-

gles, vete á mi despacho. Allí te espero. Te enseñaré cómo tengo la biblioteca. Vas á quedarte turulato.

Trino. ¿Sí, eh?

Don Evaristo. Sí. He encuadernado todos mis libros, de igual tamaño todos.

Trino. ¿Y eso cómo es posible?

Don Evaristo. Muy fácilmente. Los grandes llevan las pastas justas, y los más pequeños, pastas iguales á los grandes. Ya sé yo que en la mayoría ó sobran pastas ó falta libro; pero la vista resulta preciosa. Y como apenas leo ya... Los estantes han quedado lindísimos. Allí te espero. Vase por la puerta de la derecha.

Trino. ¡Qué ocurrencia más peregrina!

Doña Marciala. Chocheces. ¿Qué le vas á pedir? El pobre ha dado un bajón en tres años... ¿Cómo lo encuentras tú?

Trino. Yo no lo encuentro mal.

Doña Marciala. Engaña la apariencia, Trino; pero está hecho un cascajo; una tiritaña.

Trino. ¡Demonio!

Doña Marciala. Gracias á mis cuidados va el pobrecito trampeando. Dios ha querido mantenerme á mí fuerte para que lo cuide. ¡Ay!

Trino. ¡Menos mal, tía!

Vuelve á salir MANUEL y se encamina hacia la puerta de la derecha. Esta vez viene con dos cartas.

Doña Marciala. ¿Adónde vas, Manuel?

Manuel. A yevarle una carta á don Evaristo.

Doña Marciala. ¿No ha habido más hoy?

Manuel. Una pa su papá de usted. Se la dejaré aquí, que es lo que me tiene mandao.

Doña Marciala. A ver. Dámela. Manuel se la entrega y ella la mira con disgusto. Lo temía.

Trino. ¿Qué?

Doña Marciala. Ahora sabrás... Bueno, Manuel; llévale al señorito la suya y sube luego, que te necesito allá arriba.

Manuel. Al instante.

Doña Marciala. Ah, escucha; si ves á mi padre no le digas que ha tenido ninguna carta.

Manuel. Conforme. Se va por la puerta de la derecha.

Doña Marciala. Papá Juan es de lo que no hay.

Trino. ¿Por qué, tía?

Doña Marciala. ¿Tú sabes de quién es esta carta?

Trino. ¿De quién?

Doña Marciala. De Gabriela.

Trino. ¿De Gabriela?

Doña Marciala. Imagínate; se ha empeñado en que venga también... Ya conoces el escándalo que dió en Sevilla. La dejó aquel hombre; vive con otro.. tiene un hijo... En fin, Trino, que no puede ser.

Trino. ¿Y papá Juan se empeña...?

Doña Marciala. ¿Papá Juan? Si tuviéramos un pariente secuestrador, querría traerlo.

Trino. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre papá Juan!

Doña Marciala. Anda, vámonos para arriba.

Trino. Vámonos. La verdad es, tía, que en estas circunstancias todos debemos acatar lo que disponga él. Entrase por la puerta de la izquierda con doña Marciala.

MANUEL pasa de la de la derecha á la de la izquierda, riéndose.

Manuel. ¡Qué gracia tiene! Se ha puesto por las nubes, porque la carta es pa doña Marsiala, y le dirigen er sobre á é. ¡Es un viejo pa sacarle aleluyas! Vase.

Poco después llegan por el jardín PAPÁ JUAN y CURRITA, cogidos del brazo. Currita es bella, vehemente, inquieta, apasionada. Tiene unos ojos tan expresivos, que parece que se le van á ir del rostro cuando mira. Si Trino escribiera otro libro sobre los descendientes de papá Juan, le consagraría su mejor capítulo á la primer biznieta. Viste un traje sencillo y un chal de gasa.

Papá Juan. Nada, nada, Currita: como te sigas levantando á las tantonas, voy á tener que echarme otra secretaria. Se nos va la mañana en ir y venir. Y de todo esto tienen la culpa esas novelas y esas fantasías que haces en la cama cuando te acuestas.

Currita. Sí, señor; dice usted muy bien. Me desvelo ideando disparates, y luego por la mañana es ella; cojo el sueño y parece que caigo en un pozo. Pero desde mañana, al gallo de mi corral voy á llamarlo yo para que se despierte.

Papá Juan. Sí, sí; menos tralla y más calesa, Currita.

Currita. ¿Qué quiere usted que hagamos ahora?

Papá Juan. Ahora... ahora... esperar al cartero.

Currita. El cartero ya ha estado aquí; va por la calle arriba.

Papá Juan. ¡Pateta! ¿Entonces tampoco vamos á tener hoy carta de Gabriela?

Currita. Por lo visto. La habría dejado aquí Manuel.

Papá Juan. ¡Ay, ay!... Esa niña, esa niña... ¿Será capaz de no agradecerme...?

Currita. ¿Iremos luego á la huerta de Antoñón, como se pensó anoche?

Papá Juan. Iremos. ¡Pobre Antoñón! Se va á quedar viendo visiones. Tú calcula, un humilde hortelano... Pero, señor, si es pariente mío, ¿por qué no ha de sentarse á mi mesa con los demás?

Currita. ¡Ay, papá Juan! ¡Qué bueno es usted!

Papá Juan. ¿Te parezco bueno?

Currita. Acariciándolo. ¡Más que el pan bendito!

Papá Juan. No me toca á mí decirte que no. Yo sé que soy bueno, porque si no lo fuera, Currita, no hubiera vivido cien años. ¿Entiendes esto tú?

Currita. ¿No lo he de entender? Y además, me lo ha explicado usted muchas veces. Los que no son buenos, viven con el colmillo retorcido, rabian, patalean, se les envenena la sangre y se mueren antes que los otros. Eso es más claro que la luz del día.

Papá Juan. Dicho se está que no basta ser bueno para llegar al siglo; pero el que llega al siglo, bueno es.

La maldad es cosa muy triste; y con tristeza no se sube á esta cumbre.

Currita. Pues yo voy á ser más buena que nadie, para vivir más que nadie en el mundo. ¿Qué hay que hacer para conseguirlo, papá Juan?

Papá Juan. Muy sencillo: vivir siempre como si hubiera Dios. Ni tú, ni yo, ni nadie, podemos estar seguros de que lo haya. Pero yo he vivido como si lo hubiera.

Currita. ¡Yo tengo la seguridad de que lo hay! ¡Basta con mirar á las estrellas por la noche y al sol cuando sale por la mañana!

Papá Juan. Al sol, cuando sale, no lo has visto tú todavía, dormilona.

Currita. Mañana lo veré. En cambio las estrellas puedo contarlas. Y hay una que es mía: mía nada más.

Papá Juan. Me gusta que mires al cielo.

Currita. De usted lo he aprendido, papá Juan. Y también he aprendido su muletilla.

Papá Juan. ¿Cuál? ¿La de pateta?

Currita. Esa es otra clase de muletilla. Me refiero á que usted, siempre que ve algo maravilloso, algo que por hermoso ó por bueno sobrecoge el ánimo, donde quiera que sea y como sea, dice: «Señor, si esto no lo ha hecho Dios, parece que lo ha hecho».

Papá Juan. ¡Sí que lo digo, sí!

Currita. ¡Pues yo lo digo ya también mirando á mi estrella! Como digo siempre que viene á cuento, y como si fuera cosa mía, aquello de la lucecita que tanto me ha predicado usted.

Papá Juan. ¿Qué es aquello de la lucecita?

Currita. Lo de los cuentos de chiquillos. ¿No se acuerda? En muchos cuentos hay un caminante fatigado que camina de noche oscura, y no ve más que una lucecita muy lejos, que le sirve de esperanza y de norte. Y anda, y anda, y la lucecita no llega nunca; pero

él siempre la ve, y porque la ve camina, y camina con ilusión. Y usted dice que en la vida no se puede pasar sin la lucecita de los cuentos.

Papá Juan. ¡Ay, qué discípula más aventajada estoy sacando! Ya me acordaba yo, pero quería oirlo de tu boca. Y no se puede pasar sin la lucecita de los cuentos; no se puede. Yo siempre la he tenido. Y aún me dura.

Currita. ¿Aún le dura á usted, papá Juan?

Papá Juan. Aún me dura, sí. Atiende. A los sesenta y siete años empecé yo á edificar esta casa que ves aquí, con la misma ilusión de un muchacho de veinticinco. Se rió todo el mundo de mí; me sacaron coplas...

El señor don Juan del Monte
que es un viejo setentón,
se manda hacer una casa
en lugar de un panteón.

¡Je! ¿Qué te parece? ¡Pues treinta años llevo ya de vivir en ella... y el de la coplita puede que esté en el otro barrio componiéndole jácaras al diantre! se ríe.

Currita. Y la casa, entonces, era la lucecita.

Papá Juan. ¡La lucecita! Como en estos últimos años de mi vida, ha sido esa luz el llegar á estos días en que estoy, el dar esta fiesta de todos, el ver en torno mío á los que en el mundo van á seguir la vida por mí. Y no te creas que mi ilusión se acaba con ella; no se acaba. Yo quiero seguir caminando, porque allá lejos sigo viendo la lucecita. Si me oyera el poeta de marras, me sacaría otra copla.

Currita. ¿Con qué sueña usted ahora, papá Juan?

Papá Juan. Y me lo preguntas agrandando los ojos, y poco menos que sacándome la copla tú. Pues oye: he tenido hijos, he tenido nietos, he tenido biznietos... y ahora se me ha montado un tataranieto en las narices.

Currita. ¿Un tataranieto?

Papá Juan. Cabalito. No lo he tenido, pero puedo tenerlo, ¿es verdad?

Currita. Cuando usted lo dice...

Papá Juan. Es que para salirme con ella, necesito de ti.

Currita. ¿De mí? ¿Es asunto de secretaria?

Papá Juan. Es asunto de buscarte un novio con sandunga y casarte.

Currita. ¡Ja, ja, ja! Papá Juan... pues ya sabe usted que yo tengo siempre muchísimo gusto en complacerlo.

Papá Juan. Pues á ello, á ello. Eres la única de quien puedo esperarlo pronto. Los demás biznietos son unas criaturas todavía. Conque sobre la marcha. ¿Qué señoritingo te peta en Arenales? Verás como le pongo yo los puntos, y lo metemos en la canasta.

Currita. En Arenales, verdaderamente, no hay dónde escoger...

Papá Juan. ¡Pues vámonos fuera de Arenales!

Currita. *Suspirando.* ¡Ay... fuera de Arenales!

Papá Juan. ¿Por qué no?

Currita. Con graciosa solemnidad. Papá Juan, yo estoy enamorada de un hombre que llevo aquí dentro. se señala la frente. Esa es mi lucecita.

Papá Juan. ¿Cómo? ¿cómo? No salgamos con alguna novela. Todas las muchachas de tu edad llevan un hombre ahí mismo, y luego, cuando se les presenta uno de carne y hueso, tienen que decirle adiós al hombre fantástico.

Currita. No; si este que yo llevo aquí es de carne y hueso.

Papá Juan. ¡Pateta!

Currita. Sí, señor.

Papá Juan. A ver; ¿quién es él?

Currita. No vive en Arenales.

Papá Juan. Pero ¿quién es?

Currita. Trino.

Papá Juan. Con asombro. ¡Trino!

Currita. Trino; sí.

Papá Juan. ¿Mi nieto?

Currita. El mismo que viste y calza, papá Juan.

Papá Juan. ¡Pero eso no es una lucecita! ¡Eso es un incendio! ¿Y dónde has conocido tú á Trino?

Currita. Si yo no lo conozco.

Papá Juan. ¿Eh?

Currita. No lo conozco, no. Las veces que ha venido á Arenales, he estado siempre en el colegio. Pero he oído contar tales cosas de Trino, allí, y en mi casa, y aquí, y en todas partes, que me he enamorado de él. Esta es la verdad, papá Juan: he de resistirme á escuchar á ningún otro hombre hasta conocerlo. ¡Es lo más simpático! Una noche, rondando las tapias del colegio con un guitarrillo, se la pasó entera canta que te cantarás coplas de amor á las colegialas. Las monjas vacilaban entre la indignación y la risa, porque las coplas tenían muchísimo salero, y nosotras, haciendo que dormíamos, mordíamos las sábanas para no soltar el trapo escandalosamente. Luego se supo que había sido Trino, y á mí me cayó tan en gracia aquello, que ya empezó Trino á alborotarme el corazón. Usted mismo me ha ponderado cien veces sus aventuras, su bondad, su talento, su gracia... sin sospechar que echaba leña al fuego... Usted mismo me ha dicho que Trino se pegó un tiro por una mujer. Ese rasgo acabó de volverme loca: un hombre capaz de pegarse un tiro por una mujer, es un hombre de corazón; no es un hombre cualquiera.

Papá Juan. Y tiene además una ventaja para ti.

Currita. ¿Cuál, papá Juan?

Papá Juan. Que tú sabes que es capaz de pegarse el tiro... y que ya es muy difícil que se pegue otro. Esas cosas no se hacen dos veces.

Currita. No lo eche usted á broma. ¡Mala mujer

tenía que ser aquella! ¡Vamos, que no querer á Trino!...

Papá Juan. ¡Pero si tú no lo conoces, criatura!

Currita. Sí lo conozco. Nunca lo he visto, pero lo conozco ¡Ojalá me conociera él á mí lo mismo! Cuando el otro día, papá Juan, le escribimos para que viniera, ¡puse un calor en aquella carta!

Papá Juan. ¡Ah, pícara! Te serví yo de... Adelante.

Currita. Y cuando él contestó que vendría, y leyó tía Marciala su carta, que rebosaba luz por todos los renglones, yo me estremecí de pies á cabeza y me llevé temblando mucho tiempo. Si hubiera sido una paloma me hubiera delatado el plumaje... Como soy mujer, nadie conoció lo que por mí pasaba.

Papá Juan. ¡Ay, Currita! ¡Currita de mi corazón! ¡Qué plato de natillas me estás dando! ¡Hablar-me á mí de Trino! ¡De Trino, que me ha cogido el pan debajo del brazo desde que era así, y ha hecho siempre de mí lo que le ha dado la real gana!

Currita. ¿Y usted de él?

Papá Juan. A él no hay quien lo gobierne.

Currita. Allá veremos, papá Juan.

Papá Juan. ¡Je! ¡Trino! ¡Trino! ¡El demonio de Trino!

Currita. ¿Quiere usted que vaya por un retrato suyo que hay en la sala baja?

Papá Juan. Ve, ve por el retrato... Si á ti te lo piden los ojos...

Currita. ¡Ahora mismo voy á traerlo!

Papá Juan. ¡Ay, Currita, Currita!

Currita. ¿Qué?

Papá Juan. Nada, nada; que hacia mi lucecita camino.

Currita. Y yo hacia la mía, papá Juan. Voy por el retrato. Entrase corriendo por la puerta de la derecha.

Papá Juan. Currita... Trino... Lo que menos pasaba

por mi imaginación... Mire usted la chiquilla... Un poco atropellado es Trino, pero...

Sale TRINO por la puerta de la izquierda, en dirección á la de la derecha, y principia á dar voces de júbilo al ver á papá Juan.

Trino. ¡Papá Juan! ¡Papá Juan!

Papá Juan. Absorto, espantado. ¡Trino! Pero, Trino, ¿tú aquí?

Trino. Abrazándolo cariñosamente. ¡Yo, papá Juan, yo! ¡El primero de todos!

Papá Juan. Te digo que... Me ha sorprendido de tal manera... que... Pero ¿de veras eres tú, Barrabás?

Trino. ¡Yo soy! ¿No me está usted mirando?

Papá Juan. Sí, sí; ya te miro... Pero es que hay cosas... es que hay cosas... Esta no me sale á mí del cuerpo en un rato. ¿Has visto á los niños?

Trino. No.

Papá Juan. ¿No has visto á los niños? ¡Pero, hombre! Llamando. ¡Evaristo! ¡Marcial!

Trino. Ah, ¿pero esos son los niños?

Papá Juan. Mis hijos; claro es.

Trino. ¡Pues sí los he visto! ¡Si he estado con ellos! ¡Si llevo aquí un gran rato!

Papá Juan. ¿Un gran rato, dices? Pues hombre, yo... yo... Hace un momento, yo... Te aseguro que yo...

Vuelve en esto CURRITA, fijos los ojos en el retrato de Trino, que trae en la mano, y llega sin levantar la vista de él casi al lado del propio Trino. Ve á este de pronto y da un grito terrible, mezcla de sorpresa y de miedo. Maquinalmente, oculta el retrato á su espalda.

Currita. ¡Ah!

Trino. ¿Qué es eso? ¡Qué susto se ha llevado!

Papá Juan. Tú verás... Verás tú... Es que... es que...

Trino. ¿Te doy miedo, Currita? Porque tú eres Currita.

Currita. Temblando. Y tú eres Trino.

Trino. Trino soy. ¿Cómo estás, Currita?

Currita. Trino, bien ¿y tú?

Se dan las manos y se miran, él souriente y ella como encantada, ocultando siempre el retrato.

Papá Juan. Contemplándolos. Pues, señor, si esto no lo ha hecho Dios, parece que lo ha hecho.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la tarde.

DOÑA MARCIALA está sentada tranquila y santamente. Dentro se oye á EULALIA, que se acerca á la sala cantando la famosa jota de «La Bruja».

Eulalia. *Como los pájaros cantan...
como los pájaros cantan...*

Doña Marciala. ¡Cualquiera le da una pena á esa chiquilla!

Eulalia. *La pena de sus amores,
así canto yo la jota
para aliviar mis dolores...
Como los pájaros cantan...*

Sale por la puerta de la izquierda.

Ah, que estaba usted aquí.

Doña Marciala. Oyéndote.

Eulalia. Sí que hay que oirme. Tengo un oído enfrente de otro. Tome usted la llave del chinero. He sacado la vajilla fuerte: la de las listitas azules.

Doña Marciala. ¡Ajajá!

Eulalia. Y entre Frasquita y yo la hemos colocado en las tablas de la despensa.

Doña Marciala. ¡Ajajá! Sí, hija, sí; empieza á venir gente menuda, y á los chiquillos no les pongo yo platos finos. Siéntate un ratito conmigo, mujer.

Eulalia. Iba á ir al corral, á ver si ha puesto la Tor-dilla.

Doña Marciala. Bueno; ahora irás. Siéntate un ra-tito. ¿Guardaste la ropa de cama que te dije?

Eulalia. Sí, señora. ¡Y vaya un olor á membrillo que salía del ropero!

Doña Marciala. Y á ropa blanca y limpia. ¡Qué ben-dición de Dios!

Eulalia. En la tabla de abajo puse los dos juegos.

Doña Marciala. ¡Buen avío me estás dando, chiqui-lla! Dios te lo pagará.

Eulalia. ¿Quiere usted callarse? ¡Si estoy yo más contenta que un sonajero! Por supuesto, algún fenóme-no va á ocurrir: ó aparece una estrella de rabo, ó va á haber un eclipse, ó cosa así por el estilo. Esto de que mi madre me haya dejado aquí toda esta semana, con lo que ella es y con su genio...

Doña Marciala. Ahí tienes ya el fenómeno. ¿Para qué más?

Eulalia. ¡Mire usted que ocho días yendo yo á mi casa como de visita, y viviendo aquí, en vez de vivir en mi casa y venir aquí de visita! saltando de júbilo. ¡Ay, tía Marciala! ¡Déjeme usted que le dé un beso!

Sale ROSA, una de las hijas de Carmen Campos, por la puerta de la derecha. Viene en traje de faena y con el delantal recogido.

Rosa. Zeñorita.

Doña Marciala. ¿Qué quieres?

Rosa. Ya están barrios y dezhoynaos los zalones de arriba arriba. ¿Qué hago ahora?

Doña Marciala. ¿No les has pasado siquiera una al-jofifa?

Rosa. No, zeñora.

Doña Marciala. Pues pásasela.

Rosa. Está mu bien. Otra coza: ¿en er zaquizamí va á dormí arguien?

Doña Marciala. Supongo que no será preciso.

Rosa. Por zi acazo le daré una manita.

Doña Marciala. No estará de más.

Rosa. Pa arriba me voy. Vase por donde vino.

Eulalia. Diga usted, tía: ¿tío Rafael va á quedarse toda la tarde en Montemayor?

Doña Marciala. No sé; allá ellos. Yo á todo el que viene á esta casa, es lo primero que le exijo: que vaya á cumplir con la virgen. Después, libertad individual, como dice mi padre; pero primero la visita á Montemayor.

Eulalia. ¡Lo preocupado que iba el tío Evaristo! Verdad que es mucha caravana: ¡doce chiquillos nada menos!

Doña Marciala. Y todos de la piel de Satanás.

Eulalia. ¡Qué gordo está tío Rafael!

Doña Marciala. ¡Ah! No es conocido. Está hecho un fardo. Y era una arrogante figura. Pero se ha abandonado completamente. ¡Claro! Cuando dos duermen en un colchón... ¡Y es que la mujer...!

Eulalia. Pues es muy simpática la pobre.

Doña Marciala. Sí; pero más puerca que la araña.

Eulalia. ¿No preguntaba usted antes por Currita? Ahí viene.

Doña Marciala. ¿Currita?

Eulalia. Currita, sí.

Por el jardín llega CURRITA, en efecto.

Currita. Buenas tardes, tía. La besa.

Doña Marciala. Dios te guarde.

Currita. Buenas tardes, Eulalia. La besa también.

Eulalia. Ven con Dios.

Currita. Ahora mismo entraba tu madre en mi casa: según me dijo, á poner á mi padre como un guiñapo.

Eulalia. Nerviosa Ay, ay, ay... Se salió con la suya. Ya me lo anunció anoche.

Currita. ¿Y papá Juan?

Doña Marciala. ¿Papá Juan? Con Trino debe de andar de paseo.

Currita. ¡Dichoso Trino! Desde que ha llegado, no me hace caso ninguno papá Juan. ¡Tengo ganas de que se vaya Trino!

Eulalia. Pues yo no.

Currita. Ni yo tampoco. Esto es gana de hablar. Pero es que vengo esta mañana á ver á papá Juan, y papá Juan ha salido con Trino; y vengo esta tarde, y Trino y papá Juan por ahí. Y necesito verlo; porque tengo que contestar una carta urgente. ¿Dónde estarán ahora?

Doña Marciala. Hija, no lo sé.

Currita. ¿Podría Manuel acompañarme?

Doña Marciala. Pero ¿adónde, si no sé dónde están? ¡Contesta la carta á tu gusto! ¡Para algo tienes la confianza de la corona!

Currita. Eso voy á hacer; y si luego no le agrada á papá Juan, que la pague con Trino. Al despacho me voy.

Doña Marciala. No enredes mucho allí.

Currita. No enredo, no. Vente conmigo, Eulalia. ¿Dejo aquí el mantón? No. Sí. No. Sí; aquí lo dejo.

Doña Marciala. Si sabrás tú...

Currita. Anda, vente conmigo, que te quiero contar una cosa.

Eulalia. ¿Tuya?

Currita. No; tuya.

Eulalia. ¿Mía?

Currita. Tuya, sí. Bueno, también es mía. Vaya, de las dos. Vámonos.

Eulalia. Vámonos.

Entranse por la puerta de la derecha.

Doña Marciala. Es un rabo de lagartija esta Currita. Y la otra inocente no se cambia estos días por un pájaro suelto. Se levanta como para marcharse. ¡Ay, señor!

Viene DON EVARISTO por el jardín, sudando, y de un humor de perros.

Don Evaristo. ¡Cuando á mí me cojan en otra!

Doña Marciala. ¡Hola! ¿De recogida ya?

Don Evaristo. Sí; pero yo solo.

Doña Marciala. ¿Tú solo? ¿Pues y Rafael? ¿y los chiquillos?

Don Evaristo. ¡Allá los he dejado! ¡Que mareen á sus padres, que tienen la obligación de sufrirlos! ¡A mí, no!

Doña Marciala. ¡Pero, Evaristo, por los doce apóstoles!

Don Evaristo. ¡Pero, Marciala, por las once mil vírgenes!

Doña Marciala. ¡Qué cosas haces con los años!

Don Evaristo. ¡Con los años ni con los años!...

Doña Marciala. Siéntate, hombre, siéntate, que vienes cansadísimo.

Don Evaristo. No me siento, porque se me va á enfriar el sudor.

Doña Marciala. Pues quédate de pie.

Don Evaristo. ¡Tú no tienes idea de unos niños más traviosos ni más insolentes! ¡Qué caminito hemos llevado hasta llegar allí! Iban en el coche, y chillaban por ir á pie; echaban pie á tierra, y á los dos minutos, vuelta á querer subirse al coche. ¡Una delicia! Y al llegar á Montemayor, Rafael es el primero que se pone á robar naranjas; y la mujer se tumba á la bartola en el verde, y me enseña las piernas, que yo no tenía ninguna necesidad de habérselas visto; y nadie se acuerda de la virgen; y un niño, que es de oro por cierto, lee en la huerta un letrado que dice: «Se prohíbe la entrada», y allí se cuela con dos ó tres, y principia á enredar; y se lo cuento al padre, y me contesta que á sus hijos se les antoja todito lo que se prohíbe. En fin, Marciala, que no pude más, y que les dije con la risita del conejo:

«Vaya, aquí se quedan ustedes como en su casa, disfrutando de todo. Yo tengo que hacer en Arenales.» Y volví la espalda y eché á andar. Y en el coche de la fruta de Gasparón, que para acá venía, me metí como pude. El buen hombre me ha dejado en la misma puerta. No vuelvas á comprometerme, Marciala, á acompañar á nadie.

Doña Marciala. Si lo hice por que tomaras un poco el aire del campo. Siéntate ya.

Don Evaristo. ¡Dios mío, qué familia! ¡Qué desorden! ¡Qué mala educación! Ahora no me acuerdo de un golpe de todo lo que han hecho; pero ya irán saliendo hazañas. ¡Ah! Uno chiquitín, emperrado en chupar una hierba que me consta que es venenosa. ¡Y el padre se reía!

Doña Marciala. ¿Te convences de que no estás para trajines, Evaristo?

Don Evaristo. Allí hubiera querido verte yo, Marciala! ¡Te da una apoplejía! *suspirando.* ¡Qué humanidad esta! ¡Cómo abusan algunas personas! *Mostrandole á doña Marciala su petaca vacía.* Mira; mira cómo me ha dejado Rafael la petaca. Con uno enciende otro.

Doña Marciala. Me alegro; así fumarás menos, que te hace mucho daño.

Don Evaristo. Más daño te hacen á ti los dulces, y bien que te los comes á hurtadillas.

Doña Marciala. ¡Bah, bah!

Don Evaristo. ¿Ha habido novedad aquí?

Doña Marciala. Ninguna.

Don Evaristo. ¿Y papá Juan?

Doña Marciala. En la calle.

Don Evaristo. ¿Con Currita?

Doña Marciala. Con Trino.

Don Evaristo. ¿No es demasiado ir y venir este de papá Juan?

Doña Marciala. Sin duda. Ya viste el mareillo que

le dió esta mañana. Pero es inútil aconsejarle. No hace más que su gusto.

Don Evaristo. Dios lo bendiga. ¿Y Eulalia?

Doña Marciala. Loca de contento. En tu despacho está.

Don Evaristo. ¿En mi despacho? ¿Y á qué ha ido á mi despacho?

Doña Marciala. Allá se la llevó Currita.

Don Evaristo. ¿Pero anda Currita en mi despacho? ¡Válgame Dios! ¡Acabará por cerrarlo con siete llaves! ¡A saber cómo me estará poniendo todo aquello! Con lo revoltosa que es... Vase por la puerta de la derecha.

Doña Marciala. Lleno de manías. ¡Ay, señor! Vamos por los moldes para la carne de membrillo.

Se va por la puerta de la izquierda. Aparecen allá en el fondo PAPÁ JUAN y TRINO, que vienen lentamente hacia la sala, charlando y riéndose.

Papá Juan. Una vez en la sala. ¡Je! Siempre serán tus cosas, Trino.

Trino. ¿No está usted cansado, papá Juan?

Papá Juan. Yo, no.

Trino. Yo, sí. Se sienta.

Papá Juan. Y yo también. Se sienta igualmente. Esto ha sido una fanfarronada. ¡Je! ¿Le has dicho á Manuel que enganche el cochecillo para ir luego á esperar al curita?

Trino. Sí, señor; ya está en ello Manuel.

Papá Juan. ¿Te ha gustado nuestro paseo?

Trino. Mucho, papá Juan.

Papá Juan. Es uno de mis predilectos en Arenales. Son deliciosas las márgenes de este río.

Trino. Sí que lo son. Están llenas de misterio y de encanto. Aun á los espíritus alborotados como el mío, nos llevan á la paz, al sosiego... Yo he estado alguna vez tendido á la sombra de aquellos álamos, y el rumor de las aguas al pasar me ha sonado como la voz de una mujer casta y serena.

Papá Juan. ¡Hola! ¿Está en casa doña Francisca Saavedra del Monte, Guevara y Pérez, Cañas, Garzón, Cedillo y Lozano?

Trino. ¿Quién es esa señora, papá Juan?

Papá Juan. ¡Currita!

Trino. ¡Ah, Currita! No la había conocido. ¿Y de dónde saca usted que está en casa?

Papá Juan. De donde has debido sacarlo tú; que no sé para qué te sirven los ojos. Mira allí su mantón.

Trino. ¡Es verdad! Se levanta á cogerlo y á mirarlo. ¡El mantón de Currita! Este es nuevo. Nunca se lo he visto. ¡Qué cosa más bella es el mantón! Tiene esta prenda para mí el doble encanto de ser á un tiempo señoril y popular.

Papá Juan. Y de ser de Currita.

Trino. ¿Qué?

Papá Juan. Lo he dicho aparte, como en las comedias. No lo has debido oír.

Trino. Pues lo he oído. Deja el mantón y pasea preocupado.

Pausa. Vuelve CURRITA por la puerta de la derecha un tanto sofocada.

Trino. ¡Currita!

Papá Juan. ¡Hola, Currita!

Currita. ¿Parecieron ustedes ya?

Trino. Ya parecimos. ¿Y á ti qué te ocurre?

Currita. Que me ha sacado los colores el tío Evaristo. ¡Ay, qué humor tiene y cómo me ha puesto!

Papá Juan. ¿A santo de qué?

Currita. De que me metí en su despacho á escribir una carta—luego hablaremos de ella usted y yo—y acabé por pintar una alegoría del amor en todas las épocas: desde Adán... hasta Trino.

Trino. ¿Hasta mí?

Currita. Hasta ti.

Papá Juan. ¡Ay, qué gracioso! ¿Y hasta Trino por qué?

Currita. Porque Trino dice usted que es el hombre

de nuestra época. Usted sabrá con qué fundamento lo dice. Yo, ni entro ni salgo. Pues llegó el tío Evaristo, me vió con todos los lápices de colores pinta que te pinta... ¡y como si hubiera visto al demonio!

Papá Juan. Oye, ¿y dónde está la alegoría?

Currita. ¡La ha roto de coraje!

Trino. ¡Qué lástima!

Currita. Y era una maravilla de arte.

Trino. No lo dudo un momento

Papá Juan. Ni yo. Tales manos la hilaron.

Currita. Mire usted: primero puse á Adán, solo completamente, como buscando distracción en el Paraíso; y en un piquito puse á Dios pidiéndole una costilla para hacerle su compañera. Y Adán estaba así en el piquito: con los brazos abiertos. Parecía decirle: «¡Siendo para eso, Señor, dispón de todas mis costillas!»

Rien papá Juan y Trino.

Papá Juan. ¡La de paparruchas que ensartas!

Trino. ¡Pero eso no es asunto para un piquito de un pliego de papel, sino para un cuadro al óleo de grandes proporciones! Escucha, Currita, que esto me interesa directamente: ¿y cómo me pintaste á mí?

Currita. No llegué á dibujarte siquiera.

Trino. Antes has dicho lo contrario.

Currita. No, no; he dicho que eras el final de la alegoría.

Papá Juan. Bueno; pero ¿cómo pensabas ponerlo?

Currita. Se va á enfadar si se lo digo.

Trino. ¿Enfadarme contigo yo? ¡Imposible!

Currita. ¿No te enfadas de veras?

Trino. Si me lo preguntas en serio sí me voy á enfadar.

Currita. Pues pensaba ponerte muy blanco, con los ojos muy negros, mirando un retrato de mujer... y pegándote un tiro. ¿No te has enfadado?

Trino. ¡Quita allá!

Papá Juan. Pues lo que es gracia no te ha hecho.

Currita. ¿Ves tú? Perdona.

Trino. Te digo que no, simple. Únicamente me ha sorprendido que tú recuerdes...

Currita. Pues sí lo recuerdo, sí... Pero descuida que no volveré á hablarte nunca...

Papá Juan. Eso es lo que yo te aconsejo. Porque á nadie le sienta bien que se le recuerden las tonterías que hace.

Trino. A mí no me importa. Y menos si quien me refresca la memoria es Currita. Le aseguro á usted que no me duele recordar aquello; al contrario: me agrada, me complace. A medida que el tiempo corre, veo claramente lo estúpido y lo necio que fuí. ¡Mire usted que querer que acabara mi vida á los veinte años porque era coqueta una mujer!...

Currita. ¿Era coqueta? Se compone con disimulo el peinado.

Trino. ¡Pensar que la vida de un hombre está en una hora, en un día ó en un año de ella!

Papá Juan. ¡Qué ha de estar, Trino, qué ha de estar! Así me gusta oírte. Me das una gran alegría sintiendo así. La vida sigue... La vida no es el invierno sólo; la primavera vuelve... Te lo dice quien, como yo, ha visto brotar las flores de cien primaveras, y ha oído cantar las golondrinas de cien veranos.

Trino. ¿Verdad, papá Juan?

Papá Juan. Y tal vez las oí cantar y ví brotar las flores, porque así pensé siempre. Jamás he dicho yo en mi vida: «Y ya ¿para qué?» Nunca es tarde, Trino. La vida sigue; la primavera vuelve... El hombre se muere una vez nada más, pero nace todas las mañanas al abrir los ojos.

Trino. Es verdad; eso sí que es cierto.

Papá Juan. ¡Matarte tú por una mujer... cuando hay por ahí cada pimpollo!...

Mira á Currita, que no sabe dónde meterse.

Trino. ¡Calle usted, por Dios!

También mira á Currita, cuya turbación sube de punto.

Papá Juan. Y te advierto que esta chilindrinerá...

Currita. Aterrada. ¿Qué va usted á decir?

Papá Juan. Lo que me da la gana, Currita; ¿no soy mayor de edad? Pues esta artista de las alegorías amorosas, Trino, es una gran admiradora de aquel lance tuyo.

Trino. ¿Sí?

Papá Juan. Sí.

Trino. A ver, á ver. Explicame esa admiración, Currita.

Currita. ¡Vaya, que se han propuesto ustedes abochornarme!

Trino. ¡Explicámela por lo que más quieras!

Currita. No es preciso que te pongas así. Te lo diré con toda franqueza, sin más súplicas tuyas. ¡Me gusta mucho lo que hiciste! ¡Me gusta mucho, sí, señor! ¡Es un rasgo ese que me habla á mí de tantas cosas que no son la vulgaridad de todos días! Tú no sabes, Trino, lo que es tener mis años y mis ilusiones, y vivir en un pueblo como este, en donde la ilusión mayor cuando dan las tres en el reloj de la iglesia, consiste en esperar á que den las cuatro, y cuando dan las cuatro... en esperar á que den las cinco. ¡Ay! ¡Dichosa campana de la torre! ¡Ni por casualidad toca nunca á fuego! Y yo siempre suspirando, Trino, por algo que no sea lo de siempre... Ahí tienes la razón de que aquello que hiciste tú... y de que ahora reniegas, me inspire tan grande simpatía. Aparte, es claro, el celebrar yo primero que nadie que no te matase la bala.

Callan los tres. Papá Juan pasea burlonamente sus miradas de Trino á Currita, y de Currita á Trino. A romper el embarazoso silencio llega EULALIA por la puerta de la derecha. Trae al brazo alguna ropa blanca de mesa, planchada y doblada.

Eulalia. Currita.

Currita. ¿Qué quieres?
Eulalia. Tía Marciala te llama.
Currita. ¿Para qué?
Eulalia. Para preguntarte una cosa.
Currita. ¿Qué cosa, tú no sabes?
Eulalia. No me lo ha dicho. ¿No vas?
Currita. Sí, mujer, ahora mismo voy. ¿De veras no sabes?...

Eulalia. De veras no. Entrase por la puerta de la izquierda.

Currita. Resistióndose á irse. ¿Qué querrá tía Marciala?

Papá Juan. Mujer, vé allá, se lo preguntas, te contesta... y sales de dudas inmediatamente.

Currita. Tiene usted razón. Allá voy.

Vase por la puerta de la derecha, como si cada piececito le pesara una arroba. Pansa.

Trino. Papá Juan.

Papá Juan. ¿Qué se ofrece?

Trino. Estoy deseando que pase su fiesta de usted.

Papá Juan. Yo que pase, no; que llegue. Cinco días faltan nada más, y hay ratos—muy pocos, eso sí—en que me estremece la idea de que no alumbre para mí ese día.

Trino. ¡Oh!

Papá Juan. La muerte, que también es mujer, tiene caprichos locos... ¡Pero se me figura, Trino, que se la voy á jugar de puño! ¡Je! ¿Y tú por qué quieres que pase mi fiesta?

Trino. Para irme de aquí.

Papá Juan. ¿Tan mal te va? ¿Extrañas la cama?

Trino. Papá Juan, chirigotas aparte, oiga usted una revelación: estoy enamorado de Currita.

Papá Juan. ¿Qué me cuentas, hombre?

Trino. ¡Pero fatalmente enamorado! ¡Románticamente! ¡Desesperadamente!

Papá Juan. ¡Bueno va! Lo que no entiendo es que por eso quieras irte. ¡Si te hubieras enamorado de... de

la tía Filomena, que es viuda, bien estaba la desesperación y todo lo demás que añades; pero de Currita...!

Trino. La desesperación consiste, papá Juan, en que me he enamorado... y en que no quiero enamorarme. ¡No quiero; no! Y mucho menos de Currita; una mujer tan linda, tan llena de luz, tan graciosa, tan soñadora...

Papá Juan. Ah, ¿prefieres á la tía Filomena?

Trino. ¡Entiéndame usted, papá Juan!

Papá Juan. ¡Es muy difícil, Trino!

Trino. ¿Con qué derecho, con qué conciencia llamo yo al palacio encantado de esa niña? Han sido hasta aquí todos mis amores tan trágicos... ¿A qué mujer le dije «te quiero» que no fuese para llorarlo más tarde?

Papá Juan. ¿De qué amores me hablas? ¿Pero tú te has enamorado alguna vez?

Trino. ¡Mil veces!

Papá Juan. Decir mil veces, es decir que ninguna. Trino, no confundas tú también el amor con lo que de amor no tiene más que el nombre y la apariencia. Hablen lo que hablen los poetas y los enamorados de todos los colores, para mí no hay más amor que el que quiere seguir la vida. Cuando un hombre y una mujer lo sienten, y se miran con mirada de amor, si escuchas, oírás... no sé dónde... muy lejos... allá en el espacio... tal vez más en la ilusión que en la realidad verdadera, una voz que dice ó que canta: «¡Quiero vivir!... ¡Llévenme á la vida...!» ¿Tú la has oído alguna vez?

Trino. Nunca, papá Juan. Ni á escucharla me puse.

Papá Juan. ¿Estás viendo?

Trino. ¿Es decir que, según usted, el amor ha de ser fecundo ó no es amor?

Papá Juan. Como el beso del sol á la tierra. Lo demás, lo que has hecho tú tantos años, lo que hice yo á los tuyos, lo que hacen casi todos los hombres... es... jugar al amor.

Trino. Sonriendo. ¿Jugar al amor?

Viene MANUEL por el jardín.

Manuel. Don Juan, ¿hay permiso?

Papá Juan. Adelante, Manuel.

Manuel. Ahí está Antoñón, er de la güerta der Chorríto, que dise que quié hablá con usté.

Papá Juan. ¡Ah, Antoñón! ¡El bueno de Antoñón!

Trino. ¿Qué Antoñón es ese?

Papá Juan. Pues ese Antoñón es un grande hombre; pariente nuestro y hortelano. Ya te llevaré á ver su huerta.

Trino. ¿Pariente nuestro dice usted que es?

Papá Juan. Pariente nuestro, sí: hijo de Gumersindo Alvarez del Monte, un primo hermano de mi padre. Dueño que fué de una posada que había en la calle del Cristo, y que ya no existe. Bueno, no existe ya ni la posada, ni el amo, ni la calle, ni el Cristo. ¡Je!

Manuel. Señorito, ¿qué le contesto yo á ese hombre?

Papá Juan. Ay, es verdad... Me había distraído. Hazlo pasar aquí.

Manuel. Está mu bien. Retírase jardín adentro.

Trino. Lo dejo á usted con Antoñón y me voy un ratillo al patio. Hasta luego.

Papá Juan. Hasta luego, Trino.

Encamínase este hacia la puerta de la izquierda, por donde se va. Simultáneamente sale por la de la derecha CURRITA, que lo ve irse con desconsuelo.

Currita. ¡Vaya!

Papá Juan. ¡Buena va la danza! Antoñón... Antoñón...

Currita. ¡Papá Juan!

Papá Juan. Ah, Currita. ¿Para qué te llamó la tía Marciala?

Currita. Para algo un poco grave; para ver si me sonsacaba lo que yo no le quiero decir. Pero soy yo más lista que la tía.

Papá Juan. ¿Hola? ¿Qué es ello, secretaria?

Currita. Me ha escrito Gabriela.

Papá Juan. ¿A ti?

Currita. A mí, sí, señor. A contestarle fui al despacho del tío Evaristo. La muchacha se extraña de que usted insista tanto en que venga, cuando ella le ha puesto ya dos cartas conforme en venir.

Papá Juan. ¿Que me ha puesto dos cartas?

Currita. Así dice. Y eso no es más sino que las cartas han llegado aquí, y aquí ha habido juegos de manos.

Papá Juan. ¿Sí, eh? Pues son unos juegos que no me gustan. ¡Yo hablaré con los niños! No me gustan, no; no me gustan...

En este momento vuelve MANUEL con ANTOÑÓN, á quien ya conocemos por autorizadas referencias. Viene de limpio, correspondiendo así a la solemnidad de la visita.

Antoñón. A la paz e Dios. Zantas y güenas tardes.

Papá Juan. Pasa, pasa, querido Antoñón. ¿Cómo estás?

Antoñón. Bien ¿y usted, don Juan?

Papá Juan. Ya me ves.

Antoñón. ¿Y usted, zeñorita?

Currita. ¡Tan buena, Antoñón. ¿Y su mujer de usted? ¿Y sus hijas?

Antoñón. Zacando la cara por la casta.

Currita. ¿Y los chiquillos?

Antoñón. Estrozando zuelas.

Currita. Déles usted muchos recuerdos míos.

Antoñón. Zerán daos.

Currita. Quede usted con Dios.

Antoñón. Que usted ze mantenga güena.

Manuel. A Currita, que va á marcharse por la misma puerta que Trino. Señorita Currita.

Currita. ¿Qué quieres tú?

Manuel. Yo, na. La mosa de su casa de usted, que ha venío de parte de su mamá de usted pa que se vaya usted ayá corriendo.

Currita. ¿A mi casa ahora?

Manuel. Sí, señorita.

Papá Juan. ¿Ha ocurrido algo?

Currita. ¿Te ha dicho si ha ocurrido algo?

Manuel. De malo, no creo, porque lo mosa viene ri-yéndose. Pero dise que se vaya usted sin perdé un minuto.

Currita. ¡Pues, señor, bien! ¿Qué será? ¡Hay días con sombra! Acomodándose el mantón. Le aseguro á usted que hay días con sombra; ¡pero con mucha sombra! ¡Hay días que parecen noches! Hasta dentro de un rato, papá Juan. Buenas tardes. Se va por el jardín. Manuel la sigue.

Antoñón. Güenas tardes.—¿Tiene argún ange la hija de don Joaquín?

Papá Juan. Tiene, tiene ángel.

Antoñón. Zin dejá de zé eya mu zeñorita, le paza lo que á los rábanos e mi güerta; que son finos como la zea, ¿no es verdá? pero que pican un poquito.

Papá Juan. ¡Je! Siéntate, Antoñón, siéntate.

Antoñón. Obedeciéndolo. Con licencia.

Papá Juan. Y deja el sombrero.

Antoñón. No me estorba.

Papá Juan. Dame. se lo quita y lo pone sobre una silla.

Antoñón. Después de observar á papá Juan. ¿Pero es de veras, don Juan der Monte, que tiene usted loz años que dice, ó nos está engañando á tos en er pueblo?

Papá Juan. Pregúntaselo al cura que me bautizó.

Antoñón. ¡Ande estará ya er cura!

Papá Juan. Por allá nos espere muchos años. El buen señor se portó bien conmigo, esta es la verdad. Don Manuel Martínez y Argote, se llamaba. Emparentado, decía él, con el poeta don Luis de Góngora y Argote. Aquí le pusieron el «Padre Ratonera», porque inventó una máquina infernal contra los enemigos del queso. ¡Je!

Antoñón. ¡Está uste perdió de la memoria!

Papá Juan. ¡Je! ¿De modo que tu gente tan buena, Antoñón?

Antoñón. Ayí no hay tiempo pa ponerze malo.

Papá Juan. Yo los encontré la otra tarde que daba gloria verlos. Y la huerta es una bendición. Te la envié; la mía no está así.

Antoñón. Pos er mismo zó las calienta. Zólo que usté alimenta la zuya pa mirarze en eya na más, y yo me miro en la mía pa alimentá á mi gente.

Papá Juan. Eso es; eso es. El año no ha sido malo ni para ti ni para mí.

Antoñón. Como gracias á Dios ha yovió... Ya ze zabe: agua de Mayo, pan pa to el año.

Papá Juan. Cabalito. Y Mayo muy lluvioso, en el campo feo, y en la huerta hermoso. ¿Y qué? ¿Te habló María de lo que me llevó allí la otra tarde? ¿Me darán ustedes el gusto de venir el día veinticinco á comer con toda la familia para festejar reunidos mis cien años? Antoñón calla. ¿Qué significa ese silencio? A ver, á ver...

Antoñón. Zeñó don Juan der Monte, ziempre ha habió en er mundo pobres y ricos. Zabé zé rico, es coza difici; pero zabé zé pobre, tiene toavía más dificutá. Y yo zoy pobre, y no quiero zé rico; y tengo más dineros que argunos ricos; pero quiero zé pobre. Y fuera parte der dinero, lo que canta er cantá:

*Cuando ze emborracha un pobre,
ze dice: «¡qué borrachón!»
Cuando se emborracha un rico,
«¡qué gracioso es er zeñó!»*

Porfia mi compadre Alonzo, er marío de Carmen Campos, que yegaré un día en que tos los pobres zerán ricos—ér tiene ezas ideas, que á mí ze me figuran disparates.—Pos güeno: yo le juro á usté que zi yega eze

día y vivo yo, yo no zéré rico, zino pobre. Porque vale más zé pobre... ziendo rico, que no zé rico... ziendo pobre. ¿Usté me entiende?

Papá Juan. A medias, Antoñón, á medias.

Antoñón. A medias me he explicao yo también.

Papá Juan. ¡Entonces te he entendido del todo!

Antoñón. ¿No le paece á usté, zeñó don Juan der Monte, que á un vestío de encajes y de abalorios no le pegan bien unos volantes de percá? ¿Usté no imagina que en zu meza, con to y con zé la meza de un rico que ha zabío y zabe zerlo, mi mujé, miz hijos y yo vamos á está como gayinas en corrá ajeno?

Papá Juan. ¿Por qué razón?

Antoñón. Porque zi er mundo da las güertas pa la derecha, es un poné, no las va á dá pa el otro lao porque á usté y á mí ze nos antoje; que es lo que yo le digo á mi compadre.

Papá Juan. Pues con permiso de tu compadre y tuyo, querido Antoñón, el día de mis cien años dará el mundo las vueltas á mi gusto y capricho. Aquel día vendrás tú, Antoñón, y vendrán tu mujer y tus hijos; y no vendrán ustedes sino á honrar mi mesa con sus percales, y con sus manos endurecidas por el trabajo.

Antoñón. Zeñó don Juan der Monte...

Papá Juan. Señor don Antoñón el de la Huerta, ¿qué tenemos?

Antoñón. Repare usté que Jezucristo vino ar mundo á arreglá este negocio...

Papá Juan. No te escucho más filosofías, Antoñón. Ni eres tú el único pariente pobre que se ha de sentar á mi lado con los suyos el día de la fiesta.

Antoñón. ¿No?

Papá Juan. No. Hasta un sobrinillo que está sirviendo al Rey va á venir también; y hay que leer la carta que me ha escrito.

Antoñón. Pero ninguno vive en Arenales. En estos

pueblos, zeñó don Juan der Monte, tos nos conocemos, y ze critica mucho, y er que más y er que menos ze cree que ze desquicia er mundo porque un pobre ze ziente una vez ziquiera á la meza de un rico.

Papá Juan. ¡Ah! No se desquicia aunque lo crean. Y si se desquicia por eso, que se desquicie y que se acabe. Poco vale ese mundo. Otro haremos mejor sobre sus ruinas, en el que sin asombro de nadie puedan comer juntos los ricos y los pobres.

Antoñón. Ezas zon las manías de mi compadre Alonzo.

Papá Juan. Pudieran serlo. Pero tu compadre dice las cosas borracho y perturbado, y yo las digo fresco y tranquilo. Y tu compadre quiere conseguir su propósito matando hombres, y yo abrazándolos nada más. Ya ves si hay diferencia. Ccnque dame un abrazo tú, y prométeme ahora no faltar en mi cumpleaños. Lo abraza.

Antoñón. ¡Que güeno es usté, don Juan der Monte! Zi paece usté un pobre como yo.

Papá Juan. Porque es el mismo sol el que nos calienta; como á tu huerta y á la mía. ¿Me prometes lo que te pido? Antoñón calla. ¿Me lo prometes?

Antoñón. Er que ze caza, no está zolo.

Papá Juan. En tu huerta no hay más hortelano que tú.

Antoñón. Hortelano, na más; pero no ze pienze usté que está pintá en la paré la hortelana. Mi mujé no hace más que lo que yo quiero, que es lo que quiere eya; pero hay cozas que z'ha menesté respetarle. Va usté á oí. Tenemos usté y yo en la familia una parienta, que está con mi mujé como con to er mundo: de esta forma.

Choca por las puntas los dedos índices.

Papá Juan. No hace falta nombrarla.

Antoñón. Ni zé por qué motivo, ni María lo zabe tampoco, ni en úrtimo cazo nos importa un rábano á

María ni á mí; pero eyo es que la zeñora no ha de pazá una vez por delante e mi puerta, que no eche en er zuelo una zalivita, y la pize luego, que es lo peó.

Papá Juan. ¡Ay qué salado es eso!

Antoñón. ¿Le hace á usté gracia, eh? Pos á mi mujé ze la yeva er mengue, y yo he tenió ya más e dos veces un escardiyo en la mano pa tirázelo á la cabeza á la güena zeñora. Porque, don Juan der Monte, el aqué de echá la zalivita, que es veneno, ya está malo; pero er que la pize, no lo podemos aguantá.

Papá Juan. ¡Me alegro, hombre, me alegro! Así, aquel día, hallarán ustedes un motivo para su venganza. Porque, no lo dudes, al verlos á ustedes aquí, toda la saliva que ha escupido á tu puerta... se la va á tragar junta.

Antoñón. Güeno está. Bastante me favorece usté con tanto ruego, pa que yo me haga de rogá más toavía. Aquí vendrán los de la güerta der Chorrito.

Papá Juan. ¡Claro, hombre, claro!

Antoñón. Unicamente le aconsejo á usté—y usté me perdóne—que como la meza zerá larga, coloque usté á doña Filomena en una punta y á mi mujé en la otra.

Papá Juan. ¡Je!

Antoñón. Porque pue zé que, como quiere mi compadre, yegue un día en que tos loz hombres ze den un abrazo; pero por lo que toca á las mujeres... ¡está verde eze día!...

Papá Juan. ¡Je!

Antoñón. Con Dios y gracias, zeñó don Juan der Monte.

Papá Juan. Adiós y gracias, Antoñón. Te acompañaré hasta la puerta.

Antoñón. Zeñó don Juan der Monte...

Papá Juan. Anda, anda...

Antoñón. Nunca me he visto más honrao.

Se marchan juntos al jardín á tiempo que llega y se cruza con ellos DOÑA FILOMENA precisamente.

Papá Juan. ¡Oh, Filomena! ¡Buenas tardes!

Doña Filomena. Buenas tardes.

Al reparar en Antoñón eszupe y pisa la salivita.

Antoñón. ¿Usté ha mirao ezo?

Papá Juan. Anda, hombre, anda. Al instante vuelvo, Filomena.

Doña Filomena. Indignadísima. ¡Y se va con el hortelano! ¡Y me deja aquí sola! Luego dirán que no.. luego dirán que son cosas mías... Cada día me convenzo más de que soy la puerca cenicienta. Oyese á EULALIA, hacia la izquierda, cantar la misma copla que al principio. A poco, sale. ¿Es mi hija la que canta así? ¡Vaya! Se conoce que las malas caras y los malos modos los guarda para su pobre madre. A Eulalia, que ya ha salido. ¡Canta, hija, canta! Eulalia, que venía muy alegre, sin sospechar lo que iba á encontrar allí, se entenebrece de improviso. á la sola suposición de que su madre no va á repartir caramelos.

Eulalia. Hola, mamá... ¿Pero cuándo has venido?

Doña Filomena. Sigue, sigue cantando. No disimules, no. Ya te veo muy contenta con no estar al lado de tu madre.

Eulalia. No, señora; estoy muy contenta; pero no es por eso, mamá

Doña Filomena. Sí, hija, sí; si es mi sino. Y ahora tus hermanas bailarán en casa de gusto porque he salido yo.

Eulalia. Es posible; pero de eso no tengo yo la culpa.

Doña Filomena. ¿Cómo se entiende?

Eulalia. ¿Vienes de casa de Currita?

Doña Filomena. De casa de Currita vengo. ¡Buen zizape he armado allí!

Eulalia. ¿Por qué?

Doña Filomena. Por las mismísimas razones que aquí voy á armarlo.

Eulalia. ¡Mamá!

Doña Filomena. No hay mamá que me calle. Se trata de un asunto gravísimo.

Eulalia. ¿Qué asunto es?

Doña Filomena. Con decirte que no te puedes enterar, te lo digo todo. Llama á tus tíos inmediatamente.

Eulalia. Tío Evaristo está dormido allá dentro.

Doña Filomena. Pues despiértalo. ¿Y Trino?

Eulalia. En el patio, leyendo una novela.

Doña Filomena. Algún librote protestante. Pues que lo deje, y que venga también. ¡A ver qué opina de este asunto el revolucionario ese!

Eulalia. ¿Revolucionario? Pero ¿qué es? ¿qué es?

Doña Filomena. Repito que no puedes enterarte, Eulalia. Haz lo que te he mandado.

Eulalia. Allá voy, allá voy, mamá. ¡Quisiera Dios cambiarte el genio!

Doña Filomena. Volviéndose á ella airada. ¿Qué?

Eulalia. ¡Que quisiera Dios cambiarte el genio; eso es! ¡Que me da mucha pena verte siempre á tres pullas con todo el mundo!

Doña Filomena. ¿Qué?

Eulalia. ¡Que todo ha de ser reñir y armar gresca; que nadie para ti lleva buena intención; que entras en un sitio, y ya se sabe que entra contigo un vendaval!... Y yo sufro mucho... porque soy tu hija... ¡tu hija de tu alma, como tú dices tanto! Y á una hija, lo que le gusta es oír hablar bien de su madre... Y en cuanto tú vuelves la espalda... ¡hay que oír las cosas que dicen de la mía!

Entrase por la puerta de la derecha, haciendo pucheros.

Doña Filomena. Es tonta; tonta rematada. ¡Pues buena vengo yo, para que me callen pucheritos! Sí que sí

Vuelve PAPÁ JUAN.

Papá Juan. Cantando.

*Cuando Fernando VII
gastaba paletó...*

Doña Filomena. Pero dígame usted, papá Juan: ¿qué visita es esta del hortelano? ¿Es que va á servir la hortaliza el día de la fiesta?

Papá Juan. ¡Qué pitada! Es que va á comer con nosotros.

Doña Filomena. Alónita. ¿El hortelano?

Papá Juan. El hortelano, sí. ¿Por qué no, si es pariente nuestro?

Doña Filomena. ¿Que va á comer conmigo y con mis hijas el hortelano?

Papá Juan. Sí, mujer; ya le encargaremos que no traiga el perro. ¡Je!

Doña Filomena. Pero ¿esto va á ser una comida de familia, papá Juan, ó va á ser una merienda de negros?

Papá Juan. No; negro no va á venir ninguno. No tenemos ningún negrito en la parentela. ¡Bastante que lo siento yo!

Doña Filomena. Ah, pues desde ahora le anuncio á usted que yo, si viene el hortelano con su tropa, brillo por mi ausencia.

Papá Juan. Y yo te anuncio á ti que viene el hortelano y que vienes tú.

Pasa EULALIA de la puerta de la derecha á la de la izquierda, todavía con el corazón encogido, y dirigiéndole á papá Juan una mirada que es un poema.

Doña Filomena. Lo que es yo no vengo. ¡Ni mis hijas!

Papá Juan. Vendrán tus hijas y vendrás tú también.

Doña Filomena. Se equivoca usted, papá Juan.

Papá Juan. No me equivoco, tonta. Mira, yo te conozco á ti desde que tu madre te trajo al mundo, y conocí á tu madre desde que la trajo la suya. ¿Sabré yo, Filomena, si vendrás ó no vendrás á comer con todos?

Doña Filomena. Me callo. Me callo. Es lo mejor. Me callo.

Papá Juan. Después de un pascito de burla, cantando como antes.

*Con las bombas que tiran
los finfarrones...*

Y aparte el gusto de vernos á nosotros, y el disgusto de encontrarte con la visita de Antoñón, ¿á qué debemos la satisfacción de esta tuya tan agradable?

Doña Filomena. Ahora lo sabrá usted. He llamado á capitulo á la familia.

Papá Juan. ¿Ah, sí?

Doña Filomena. ¡Y al librepensador de Trino!

Papá Juan. ¿Librepensador?

Doña Filomena. Sí. Aquí quiero yo verlo. Voy á poner un nombre sobre el tapete.

Papá Juan. ¿Qué nombre?

Doña Filomena. El de una desdichada.

Papá Juan. ¿Cómo?

Doña Filomena. El de Gabriela.

Papá Juan. ¿Vas á hablar de Gabriela? ¡Cuánto lo celebro por mi parte! Yo también quiero hablar de Gabriela con todos. Ahí viene mi hija. Y el librepensador también, como tú le llamas.

En efecto, por la puerta de la izquierda salen DOÑA MARCIALA y TRINO.

Doña Marciala. Hola, Filomena.

Doña Filomena. Dios te guarde, Marciala.

Trino. Tía Filomena, ¿cómo está usted?

Doña Filomena. Bien ¿y usted, sobrino?

Trino. ¿Qué es eso de usted? ¿Desde cuándo no me tutea?

Doña Filomena. Desde la mañana en que llegaste, que no me quisiste saludar.

Trino. ¿Yo?

Doña Filomena. ¡Tú!

Trino. ¡Si fué al contrario!

Doña Marciala le hace á Trino una seña para que se calle.

Doña Filomena. He visto la seña.

Papá Juan. ¡Jel!

Doña Marciala. ¿Querías hablarnos, según nos ha dicho tu hija?

Doña Filomena. Esperaremos á Evaristo.

Llega DON EVARISTO por la puerta de la derecha, medio dormido, y de muy mal talante.

Don Evaristo. Aquí está ya Evaristo. ¿Qué hay con Evaristo? ¡Qué mal sabor de boca traigo!

Doña Filomena. Cuando quieras saludas, hombre.

Don Evaristo. ¿Para que me llames hipócrita?

Se sientan. Pausa.

Papá Juan. ¿Estamos ya todos?

Doña Filomena. Todos estamos ya.

Don Evaristo. Me cae de lo peor que me llamen cuando estoy dormido.

Doña Filomena. Pues cuando el honor de la familia peligra, hay que abrir los ojos.

Doña Marciala. ¿Qué hablas tú?

Doña Filomena. Papá Juan sabe algo.

Papá Juan. Y papá Juan va á tomar la palabra ei primero. Vamos á ver, Marciala. Vamos á ver, Evaristo. ¿Aquí han llegado cartas de Gabriela? Don Evaristo mira á doña Marciala y callan los dos. Ya veo que han llegado.

Doña Filomena. ¡Hum!...

Don Evaristo. Marciala, dile tú á papá Juan...

Doña Marciala. Papá Juan, en todo te hemos complacido hasta ahora, porque tu gusto debe ser el que aquí respetemos unos y otros; pero comprende que lo de Gabriela... es de lo que no puede ser.

Don Evaristo. De lo que no puede ser.

Papá Juan. ¡Pateta! A don Evaristo. ¿Y por qué no puede ser?

Don Evaristo. Confuso, á doña Marciala. ¿Por qué no puede ser?

Doña Filomena. saltando. Lo diré yo; porque á esta se

le pasea el alma por el cuerpo. No puede ser, en primer lugar, porque eso valdría tanto como plantarme á mí en la calle. No puede ser, porque si en esta casa no hay muchachas solteras que tengan que perder con el roce de cierta gente, van á venir algunas, entre ellas mis hijas de mi alma, y mis hijas no se codean con lagartonas.

Papá Juan. Eso de lagartonas...

Doña Filomena. Lagartonas, papá Juan, lagartonas. ¿Qué dice el ateo?

Todos menos papá Juan se miran buscando al ateo.

Trino. ¿Dónde está el ateo?

Doña Filomena. ¡Es muy cómodo hacerse el desentendido!

Papá Juan. No perdamos el tiempo en tonteras.

Doña Filomena. No lo perdamos. Mi última palabra, papá Juan, es que si Gabriela ha de hallarse en la fiesta, no cuente usted ni con mis hijas ni conmigo.

Papá Juan. ¡Tengamos aquí la del hortelano! Cuento contigo, con tus hijas y con Gabriela de añadidura.

Doña Filomena. ¡Jesús, qué horror!

Doña Marciala. No, papá, no. Esta vez tiene razón Filomena.

Doña Filomena. Ah, ¿esta vez nada más? ¿Es decir que no la tengo nunca?

Doña Marciala. Es decir que esta vez la tienes, que es de lo que se trata. Considéralo bien, papá. Llámale á lo que la pobre Gabriela hizo locura, ó desgracia, ó lo que creas más justo y razonable; pero no nos pongas en el caso de sentarnos á la mesa con ella. No ya por nosotros tan sólo; por la gente, por la sociedad. ¿Tú sabes el escándalo que se armaría en el pueblo? ¿No has pensado en los desaires á que ella misma había de estar expuesta aquí?

Don Evaristo. Tiene, tiene razón Marciala.

Doña Filomena. ¿Y yo no?

Don Evaristo. Sí, mujer; si tú has dicho lo mismo que ella.

Doña Filomena. ¡Ah!

Papá Juan. Pues ninguno de los tres la tiene. Ni tú, ni tú, ni tú.

Doña Marciala. Papá Juan...

Doña Filomena. Encarándose con Trino. ¿Y la opinión del anarquista, no la conoceremos?

Trino. ¿Soy yo el anarquista, señora?

Doña Filomena. Sí, tú, tú ¿Quién puede ser aquí si no?

Trino. Pues la opinión del anarquista, según usted me ha clasificado, tiene dos partes: la primera es ponerle á usted una bomba debajo de la silla...

Doña Filomena. ¡Qué descaró!

Trino. De pólvora sola; nada más que por la chanza del susto. Y la segunda parte es que el delito de Gabriela, supuesto que á su falta le llamemos delito, no merece el castigo que aquí quiere dársele por todos, menos por papá Juan. Yo soy mucho más indulgente que ustedes con las faltas que nacen del amor

Doña Filomena. ¡Claro! ¡Cómo no crees en Dios!

Trino. ¿De dónde saca usted ese disparate?

Doña Filomena. ¡Es el colmo de la herejía defender á una mujer que no está casada y tiene un hijo!

Trino. ¡Vaya por las que están casadas y no tienen ninguno!

Doña Filomena. ¡Bah! ¡Paparruchas y más paparruchas!

Papá Juan. Ha dicho Trino bien. No merece Gabriela el castigo que aquí quiere dársele. Gabriela tiene un hijo porque Dios ha querido que nazca. En la caída de Gabriela hubo desgracia y no perversión. Llamarla aquí, puede ser salvarla del todo; rechazarla, si no es tanto como perderla, es condenarla por perversa, y eso no sería justo. Vendrá Gabriela á la fiesta de la familia.

A un movimiento de los hijos. ¡No me nieguen ustedes esto!

La nieve de cien años ha caído del cielo sobre mi cabeza, y quiero un día verlos juntos á todos: pobres y ricos, malos y buenos, dichosos y desventurados... ¿No es pueril toda resistencia, si á la vuelta de otros cien años juntos hemos de estar también?

Trino. Ea, ea, no se emocione usted, papá Juan. Esto se concluyó. Se hará lo que usted quiera. ¿Verdad, tía Marciala?

Doña Marciala. Sí, Trino, sí. Sí, papá, sí. No hablemos más de ello.

Trino. Usted manda, y nosotros obedecemos ciegamente; porque así debe ser. A la fiesta de usted vendrá quien usted quiera que venga. ¿Quiere usted que todos? ¡Pues todos! Y cuando yo celebre mis cien años, vendrán todos también, menos la tía Filomena, por supuesto.

Doña Filomena. De eso me encargo yo.

Trino. Y ahora mismo voy á ver si Manuel ha enganchado ya el cochecillo, como le dijimos, y nos vamos usted y yo á esperar al curita.

Papá Juan. Hombre, sí; anda, vé. Es verdad, que hoy viene el curita. Anda, vé; anda, vé.

Trino. Ahora mismo.

Llega CURRITA por el jardín, á la vez que Trino se marcha.

Currita. ¡Hola!

Trino. Hola.

Currita. ¡Bueno! Reparando en todos. ¿Qué caras son estas? ¿Qué sucede?

Doña Filomena. saltando. ¡Lo eterno, hija, lo eterno! La pobreza es un crimen. Desde el primer día sé yo que aquí sólo se tira á dejarnos en la calle á mis hijas y á mí. Que aproveche.

Currita. ¿Cómo?

Doña Marciala. ¿Adónde vas, mujer?

Doña Filomena. ¡Por mi queridísima hija de mi corazón y de mi alma!

Entrase por la puerta de la izquierda, ahogando un sollozo.

Currita. ¡Ay, qué señora de mis pecados!

Don Evaristo. Es el sainete de la familia.

Doña Marciala. No, pues á la chiquilla no se la lleva. Que no se empeñe, porque no se la lleva. Voy allá, voy allá... Se marcha tras doña Filomena.

Currita. A don Evaristo, á quien ve todo mustio. ¿Pero qué pasa, tío Evaristo?

Don Evaristo. ¡Ay, Currita! Que con estas cosas estoy cambiando de opinión. ¡Me muero yo antes que la tía Marciala! Vase por la puerta de la derecha.

Currita. Pero ¿qué ocurre, papá Juan?

Papá Juan. Con alegría infantil. Allá ellos, Currita, allá ellos. Yo estoy muy contento, muy contento... Va á venir Gabriela, va á venir Antoñón con sus hijos... van á venir todos... ¿Tú comprendes bien mi alegría?... Voy á hablar con todos... voy á verlos á todos juntos... á todos... á todos... Ahora voy con Trino á esperar al curita.

Currita. ¿Ah, se van ustedes otra vez?

Papá Juan. Nos vamos; pero tú no te apures. Aunque me llevo á Trino... Trino aquí se queda.

Currita. ¿Sí?

Papá Juan. Sí.

Vuelve TRINO.

Trino. ¿En marcha, papá Juan?

Papá Juan. En marcha, Trino, en marcha.

Currita. ¿Qué disgusto ha habido entre todos? ¿Quieres tú decírmelo? ¿Ha sido quizás por Gabriela?

Trino. Por Gabriela, sí; pero no ha habido ningún disgusto. Miserias, y egoísmos, y preocupaciones que asoman la cabeza, aun en frente de los anhelos más puros. ¡Pobre Gabriela! Pero ya se fueron al diablo; ¡acabé con todos ellos de un golpe! ¡No hay más ley que la voluntad de papá Juan! Y si él por sus años no uviera energía para imponerla, que sí la tiene, aquí

está Trino, que lleva en sí la representación de todos los parientes que fueron, y ante tantas voces que hablan juntas, es fuerza obedecer y callar. Se hará la fiesta del centenario tal y como papá Juan la soñó; pero si alguno faltase en ella, nunca consentiríamos que fuera el más desventurado...

Papá Juan. ¡Muy bien, Trino, muy bien!

Currita. ¡Muy bien!

Trino. Habría papá Juan de pedirnos una quimera, y habríamos de acatar su deseo.

Currita. ¡Mejor aún si pedía una quimera!

Trino. Dices bien, aún mejor. Hasta tal punto estoy dispuesto á ello, que si papá Juan, que te adora y quiere tu dicha, me mandase fundir la campana de la torre que á ti te molesta, y fabricar balas con su bronce, y estarme dando tiros en la cabeza un día tras otro para divertir la monotonía de tu vida, yo la fundiría y me lo daría de la mejor gana del mundo.

Papá Juan. ¡Je!

Currita. Riéndose. ¡Eres loco, Trino, eres loco! ¡Pero bien haya esa locura!

Trino. ¿En marcha, papá Juan?

Papá Juan. En marcha, Trino.

Trino. Hasta luego, Currita.

Currita. Hasta luego.

Papá Juan. Yéndose por el jardín del brazo de Trino. LOS voy á ver á todos... á todos... Van á venir todos... Voy á hablar con todos, con todos...

Currita. Contemplándolos. ¡Ay, lucecita de los cuentos! ¡Feliz quien te lleva en el corazón!



ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es por la tarde.

CARMEN CAMPOS, sola en escena, se ocupa en ordenar un poco los muebles de la sala, que aparecen revueltos. Hacia el fondo del jardín, muy lejos, óyese una voz varonil que canta la siguiente copla. Carmen presta atención.

Voz. Er zeñó don Juan der Monte
ha cumplió los cien años:
der cielo le caigan dichas
como flores ha zembrao.

Carmen. ¿Canta argo bien el hombre ese? ¿Y quién le habrá sacao tantas coplas? Porque ya yeva más e diez.

Por la puerta de la izquierda aparece inopinadamente ALONSO, el marido de Carmen Campos. En la cara se le conoce que ha celebrado con sus amigos, allá en el casinillo donde se reunen, la fiesta de don Juan del Monte.

Alonso. ¡Aquí está er que fartaba!

Carmen. ¡Alonso! ¿A qué vienes tú? ¿Quién te ha abierto?

Alonso. Manué, que es correligionario mío.

Carmen. ¡No se queara manco Manué! ¿Quién le ha dao á Manué permiso pa dejarte entrá?

Alonso. La solernidá de este día. Alonso Parra, er marío de Carmen Campos, le tiene que estrechá la mano

en este día á don Juan der Monte. Quieras tú ó no quieras, y aunque una nube de sotanas se me ponga enfrente pa impedirlo.

Carmen. Mira, Alonso, no empieses con tus cosas. Doña Marsiala es la primera que no quiere que vayas á la güerta, porque te teme. Y yo te temo más toavía. De manera que vete otra vez por donde has yegao, y tengamos la fiesta en paz.

Alonso. Pero ¿es que mi persona ofende? Porque si no ofende mi persona...

Carmen. Lo que ofende es la peste á vino que traes.

Alonso. ¡Hoy es gran día! Sobre que tampoco creo yo que en la güerta estén bebiendo agua de la fuente.

Carmen. Eso no es cuenta tuya.

Sale MANUEL, también por la puerta de la izquierda, y cruza hacia el jardín. En las manos trae dos manojos grandes de castañuelas con cintas de colcres.

Manuel. ¡Y que no yevo aquí ruío! ¿Eh, amigo Alonso?

Carmen. ¿Van á bailá las señoritas?

Manuel. ¡Las mositas toas! ¡Lo menos se van á formá nueve parejas! ¡Vaya un ramo de caras que se ha juntao ayí!

Carmen. La parma se la yeva la hermaniya más chica de don Trino.

Manuel. ¡Bonita es! Pero tampoco se quean atrás las hijas de Antoñón, er compadre de este.

Alonso. ¿Quién? ¿Las de mi compadre? ¡Las tres chiquiyas e mi compadre son la gala de Arenales der Río! ¡Sangre der pueblo soberano!

Manuel. Diga usté, amigo Alonso: pa eso de cogé ca uno la que más le guste, ¿cuándo va á yegá er día?

Alonso. Tiene que yegá antes otro día: er de sortá ca uno la que le estorbe.

Carmen. ¿Habrá borracho sinvergüensa? ¿Qué sería de ti si no me tuvieras ar lao, pirandón?

Manuel. No pelearse por tan poco. Me voy pa ayá con los *paliyos*. Vase por el jardín.

En el fondo resuena otra copla cantada por la misma voz de antes. Carmen y su marido la escuchan.

Voz. Mu güeno tiene que zé
er que yegue á los cien años:
don Juan der Monte es mu güeno
y por ezo él ha yegao.

Carmen. ¡Mía que canta bien ese hombre!

Alonso. Canta bien. La verdá es la verdá. Tenga las ideas políticas que tenga, canta bien. ¡Si yo no vengo en son de ataque! Déjame pasá, que ayí delante e tos quieo yo desí cuatro cositas... mu templás, ¿tú me oyes? pero mu bien dichas y mu á tiempo. Y me van á tocá las parmas, no te figures. Porque hoy es un día que ha salío er só en Arenales como no ha salío nunca; y er propio Alonso Parra, que tiene fama de revolusionario, *abuele* sus ideas pa entrá en esta casa sombrero en mano y con er respeto debió ¿Comprendes, mujé?

Carmen. De sobra. Pero no te dejo pasá.

Alonso. A ANTOÑÓN, que llega del jardín. Compadre Antoñón, ¿tú no ves esto?

Antoñón. Compadre Alonso, ¿qué viento te ha empujao pa aquí?

Una voz de mujer rompe á cantar allá en el fondo de la huerta una copla de seguidillas, á la que acompaña estruendoso repiqueteo de castañuelas, amortiguado por la distancia.

Voz. *Tengo un jardín de rosas:
para guardarlo
no bastan sus espinas
ni mi cuidado.
Y reseloso,
porque no las deshojen
yo me desojo.*

Durante la copla sigue el diálogo.

Alonso. Er viento de la fraternidá entre los hom-

bres. Y te lo digo en una frase retumbante, pa que no lo tomes á *chufia*.

Antoñón. Pero ¿tú no zabes que cuanto más retumbante te pones, más á *chufia* te tomo yo?

Carmen. Usté y to er que lo escucha.

Alonso. Caya tú ahora, Carmen Campos. Y atiende tú, compadre Antoñón. Estaba yo en er casiniyo con cuatro amigos de los más avansaos, hablándoles al arna de la fiesta de hoy en esta casa, que es la casa de un rico, y demostrándoles con razones que hoy alumbra er só de otra manera, y la luna y las estreyas también; y que hoy no hay rencores ni disputas; y que er mismo Alonso Parra *abuele* sus ideas en honó de don Juan der Monte. Porque don Juan der Monte ha sentao á su mesa á los sien años á más de ochenta personas de tos colores, pa haserlas iguales á toas en un momento; y don Juan der Monte ha echao á roá moneas e plata por Arenales, pa que roando roando yeguen á las casas de tos los pobres. Y tan bien hablaba, compadre, que tos á una me mandaron pa acá con estas palabras: «Preséntate ayí, y di to eso tan bien dicho, y deja ar señorío con la boca abierta; que las parmas e la tarde van á sé tuyas.»

Carmen. Sólo que ni é ni los amigos contaban con er sentinela, que soy yo.

Vuelve á oirse la misma voz de mujer cantando otra copla. Durante ella también continúa el diálogo.

Voz. —¿Qué tienes en el pecho
que tanto huele?

—Asahar de las Indias,
romero verde.

—¿Que huele tanto?

—Asahar de las Indias,
romero blanco.

Antoñón. Pos déjelo usté entrá, que no dezentona. Por mucho que beba y que charle, hay ayí quien le

gana á charlá y á bebé. Huyendo vengo yo de una borrachera zenzible, que me ha güerto loco.

Alonso. ¿Tú oyes?

Antoñón. No pueo, Carmen Campos. Estas perzonas que apenas güelen un vazo e vino lo quieren á uno más que á nadie, van contra mi torrente. ¡Yo con vino y zin vino zoy ziempre er mismo hombre! Y cuidao que está la güerta pa no dejarla. ¡Paece aqueyo un mantón de Manila! ¡Bendiga Dios á don Juan der Monte!

Carmen. ¿Verdá, Antoñón, que no ha habió nunca en Arenales na paresío á esto?

Antoñón. Ni en Arenales ni en parte arguna, Carmen Campos. Porque ni nace un don Juan der Monte tos los días, ni Dios le conzerva la vía cien años, ni aunque ze la conzerve discurre zemejante fiesta.

Alonso. Eso, eso iba yo á desí

Antoñón. Me alegro habértelo quitaos de la boca. Yo zoy un hombre duro; er corazón no ze me encoge á mí con cosquiyas; er pan que mi mujé y miz hijos ze yevan á la boca, lo gano yo con muchos trabajos, y mirando más que pa er cielo pa la tierra; esta es la verdá. Pos güeno; yo le juro á usté, Carmen Campos, yo te juro, compadre, que cuando don Juan der Monte ze zentó en medio e tanta gente á la meza, á mí ze me calentaron loz ojos, y no me vió yorá er que no quizo mirarme á la cara.

Carmen. Conmovida. No me lo jure usté, Antoñón. A mí me ha visto yorá to er mundo.

Antoñón. ¡Y qué alegría entre tantas perzonas diferentes!... Y ca uno tendrá zus penas y zus zinzabores y zu carga á la esparda; pero ayí to está borrao, na más e con mirá á aquer viejo que ze embeleza pazeando loz ojos á to lo largo e los manteles.

Alonso. ¡Mu bien dicho, compadre, mu bien dicho! ¡Ayí no hay castas; ayí no hay diferencias de ricos y pobres; ayí tos son iguales! ¿Por qué? ¡Porque tos están

comiendo lo mismo! ¡Que mediten; que mediten los *pedagogos!*

Carmen. Ya saliste tú por peteneras.

Antoñón. Carmen Campos, ¿y er rincón ande ze han puesto los chiquiyos? ¿Vale aqueyo miyones? ¿Tiene aqueyo gracia? Paece una escuela cuando ze va er maestro. ¿Estaba usté prezente cuando ze levantó Rafaelita, la moreniya der traje colorao, y ze puzo delante e don Juan y le zortó un romance con media lengua? Porque yo, Carmen Campos, me la hubiera yevao á mi caza. Y ezo que tengo cinco. Pa er cielo miré á vé zi ze azomaba arguien á oirla.

Alonso. ¡En er sielo no hay gentel! ¡Er sielo está des-
arquilao!

Carmen. ¿Qué sabes tú?

Alonso. Más que tú, que no lees ni las cartas que te escriben. Pa sabé hay que ilustrarse; hay que tené curtura; hay que leé los libros que á mí me lee Carbajo er barbero. Y basta e discusiones y vamos á la güerta ya.

Carmen. A la güerta no vas, Alonso: no te empeñes.

Suena otra copla como las anteriores.

Voz. *No me mires, que miran
que nos miramos:
miremos la manera
de no mirarnos.
No nos miremos,
y cuando no nos miren
nos miraremos.*

Antoñón. Déjelo usté que vaya, Carmen Campos. A don Juan le dará una alegría. Zi viniera más cargao yo zería er primero en quitárzelo de la cabeza; pero viene el hombre mu tranquilo.

Alonso. ¡Pa demostrá que tengo curtura! Acompañame tú, mujé; y me tiras de la chaqueta si se me va la lengua. Si yo no quiero desí más sino que hoy er só en Arenales...

Carmen. Sí; sale y alumbra y se pone de otro modo que tos los días. Ya nos habemos enterao.

Alonso. Y que Alonso Parra, hoy porque es hoy, *abuele* sus ideas.

Carmen. ¿Y cuándo *abueles* er bebé vino, condenao?

Alonso. ¿Ves lo que es la irnoransia? ¡Er vino no ha sío nunca una idea!

Carmen. Anda pa ayá, condenasión; anda pa ayá.

Alonso. ¿Tú te queas, compadre?

Antoñón. Ahora voy también.

Alonso. ¡Ven á oirme, hombre, ven á oirme! Hoy sale er só como nunca ha salío en Arenales... Hoy es un día...

Carmen Campos y Alonso se van por el jardín, hacia la izquierda. Antoñón enciende despaciosamente el cigarro, que se le ha apagado.

Antoñón. Hermoza ha estao la fiesta... Hermoza pa que la pinte un pintó... Ar que la vió no ze le orvía. Encamínase lentamente al jardín.

Carmen. Dentro. Sí, señora: ahí está.

Antoñón. ¿Qué? Se asoma á uno de los arcos y retrocede contrariado. ¡Malhaya mi zino! ¿Es que vi á tené que meterme debajo e tierra?

Aparece DOÑA FILOMENA con los carrillos muy encendidos y los ojos brillantes. Es indudable que en la fiesta que se ha celebrado en la casa no ha bebido agua sola. Es la persona de quien vino huyendo Antoñón.

Doña Filomena. Con gran vehemencia. ¡Antoñón!

Antoñón. ¡Doña Filomena!

Doña Filomena. Sin doña; sin doña. ¿Qué hace usted aquí?

Antoñón. Vine á zaludá á mi compadre Alonzo.

Doña Filomena. Sí; ahora lo he visto ¡Ay, Antoñón! ¡Estoy muy contenta de estas paces! ¡Muy contenta! ¿No me ve usted llorar?

Antoñón. Ya, ya lo veo; zí.

Doña Filomena. Un abanico, Antoñón; déme usted un abanico.

Antoñón. Aquí hay dos ó tres: tome usted er más grande, que to el aire es poco pa ezos calores.

Doña Filomena. ¡Ay, qué gracia! Siempre me ha hecho usted á mí mucha gracia, aunque otra cosa le hayan dicho, Antoñón. Una sombrilla, una sombrilla.

Antoñón. ¿También una zombriya?

Doña Filomena. Sí; cualquiera. Hoy todo es de todos. Libertad, igualdad y fraternidad. *Esterneciéndose.* ¡Qué fiesta, Antoñón! ¡Qué hermosa fiesta la de hoy para un corazón tan grande como el mío! ¡Porque yo tengo un corazón muy grande!

Antoñón. Zí, zeñora; es mu grande; no pué zé más grande...

Doña Filomena. ¡Todos reunidos... todos dichosos... todos contentos... todos amigos... todos iguales!... ¿De qué se ríe usted, Antoñón?

Antoñón. De ezo... de ezo de tos iguales.

Doña Filomena. ¿Por qué? ¡Qué gracioso! ¿Por qué?

Antoñón. Porque dice mi compadre Alonzo, que Jezucristo vino ar mundo pa que tos fuéramos iguales... y que por ezo ar vino le yaman la zangre de Cristo: porque no hay más que beberze cuatro copitas... ¡y tos iguales!

Doña Filomena. *Riéndose.* Mire usted, Antoñón, no sea usted demasiado malicioso. Si me quiere usted decir que yo me he tomado cuatro copitas...

Antoñón. ¡No, zeñora! ¡Ya zé que han pazao de cuarental!...

Doña Filomena. ¡Ay, qué gracia! No, Antoñón, mi alegría de hoy no es del vino; no es artificial: mi alegría tiene su fuente en este corazón tan grande que Dios me ha dado. Y cuidado, Antoñón, que todas mis alegrías han de llevar siempre un crespón de luto, desde que me faltó aquel mártir que fué mi compañero.

Antoñón. Pero ¿le fartó á usted alguna vez?

Doña Filomena. ¡Me faltó una vez para siempre! No es caso de broma. ¡Pobre esposo mío! ¿Por qué no me llevó Dios á mí, y él estaría ahora tan contento?

Antoñón. Vamos, vamos, doña Filomena, que Dios sabe siempre lo que hace... Yo me voy pa la güerta otra vez.

Doña Filomena. ¡No me abandone usted, Antoñón!

Antoñón. Ea, pos agárreze usted á mi brazo, zi no quié usted caerze...

Doña Filomena. Antes de llegar hasta allá, pasearemos un poco los dos solos por el jardín, á ver si yo me breo...

Antoñón. Lo que usted mande, doña Filomena.

Doña Filomena. ¡Oiga usted, oiga usted cómo cantan los chiquitines! ¡Parecen pájaros!

En efecto, la gente menuda canta á coro en la huerta, muy lejos también y durante el diálogo:

Niños. *¿Quién dirá que la carbonerita?*

¿Quién dirá que la del carbón?

¿Quién dirá que yo soy casada?

¿Quién dirá que yo tengo amor?

—

*La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar,
con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará.*

*— Yo no quiero conde de Cabra,
conde de Cabra, triste de mí;
yo no quiero conde de Cabra,
conde de Cabra, si no es á ti.*

Antoñón. Zí, señora. Dos míos hay ahí... Y paecen pájaros, como usted dice... ¡Pero zi viera usted los zapatos que rompen!...

Doña Filomena. ¡Ay, qué gracia! ¿Qué es eso? ¿Viene aquí papá Juan?

Antoñón. Aquí viene.

Llegan por el jardín PAPÁ JUAN y DOÑA MARCIALA precedidos de TRINO. Papá Juan se apoya en el brazo de su hija.

Doña Filomena. A Trino, con vehemencia. ¿Le ha sucedido algo á papá Juan?

Trino. Nada absolutamente; pero se está excitando mucho, y queremos evitar que le suceda. Por eso me lo traigo aquí.

Doña Filomena. ¡Muy bien, Trino! ¡Tú siempre con tu gran talento!

Trino. Siempre; sí, señora.

Doña Filomena. ¡Papá Juan!

Papá Juan. Filomena... Bien hemos empinado el codo, ¿eh?

Doña Filomena. Besándole las manos. ¡Qué fiesta! ¡Qué día!

Doña Marciala. Bien está, Filomena, bien está. Vete, vete con todos. Ya iré yo también.

Doña Filomena. ¡Perdóname, Marciala! ¡He gozado mucho; he reído mucho; he llorado mucho!...

Antoñón. De to bastante.

Doña Filomena. ¡No dejes de ir allá! ¡Hasta luego!
Vase hacia el jardín.

Papá Juan. Con risa infantil. Antoñón, ¿qué milagro es este?

Antoñón. Zeño don Juan der Monte, milagros de la zangre de Cristo. Le ha dao cariñoza... y me ha tomao á mí de paño e lágrimas. ¡Pero por la zalú e miz hijos que prefiero la zalivital!

Papá Juan. ¡Je!

Doña Filomena. Asomando un instante. ¡Antoñón!

Antoñón. ¡Ayá voy, señora; ayá voy! Se retira con ella por el jardín.

Trino. Conque, quieto aquí, quieto aquí.

Papá Juan. ¡Je!

Trino. Prisionero de Trino por un rato. Luego volveremos á aquella Babel.

Doña Marciala. Sí, papá; si hay día para todo. Ries, lloras, no todos son prudentes... Aquí, aquí con Trino hasta que yo mande.

Papá Juan. Lo que quieras; lo que quieran ustedes...

Breve pausa. Oye, Marciala.

Doña Marciala. ¿Qué?

Papá Juan. Las flores de la mesa...

Doña Marciala. Todas van ya para el cementerio. Descuida tú.

Papá Juan. ¿Quién las lleva?

Doña Marciala. Dos de las hijas de Carmen Campos. Descuida, te digo. Todo se hace como tú quieres.

Papá Juan. ¿Saben bien ellas dónde está mamá?

Doña Marciala. ¿No han de saberlo? Donde está mamá... y donde está Dolores y donde están todos... Cálmate, cálmate... No pienses más, por Dios...

Trino. Lo mejor será que procure usted echar un sueñecillo.

Papá Juan. No; ahora no me duermo; eso no.

Doña Marciala. Pues te haría mucho bien, papá.

Papá Juan. Pues no me duermo, hija. Anda tú á manejar aquel cotarro, y déjame á mí... Déjame á mí con Trino. Que bailen los muchachos; que los chiquillos canten y corran; que quede allá en la huerta alegría para mucho tiempo... ¡Papá Juan ha cumplido cien años!

Doña Marciala. Bueno, bueno: aquí te dejo con Trino y yo me voy. Se encamina al foro, y autes de marcharse llama á Trino sigilosamente. Escúchame, Trino.

Trino. Acercándosele. Usted dirá.

Doña Marciala. Tú no te moverás de aquí.

Trino. Yo me quedo de guardia. Usted procure que no se acerque nadie.

Doña Marciala. De mi cuenta corre. Le conviene reposar un poco. se marcha.

Trino. Si le conviene, sí.

Papá Juan. ¡Pateta! ¡qué pesados se ponen ustedes! Dormir, no duermo ahora. ¿He esperado yo con tanto afán este día para dormirme ahora? ¡Tuviera que ver!

Pausa. **Trino.**

Trino. ¿Qué quiere usted?

Papá Juan. ¿A ti qué te pasa?

Trino. Nada, papá Juan.

Papá Juan. ¿Estás contento?

Trino. Tanto como usted.

Papá Juan se ríe para sí, como recordando lances de la fiesta.

Papá Juan. ¡Je!... Rafael ha estado muy gracioso... Un poco chabacano, pero muy gracioso... Y á Evaristo se lo llevaba el diablo... Oye, ¿y Currita? Mira que el brindis de Currita... ¿Eh? ¡Qué chusco! ¿Se lo has escrito tú?

Trino. Yo no soy capaz de escribir aquello.

Papá Juan. ¿No, verdad?

Trino. Ni yo ni nadie, más que Currita.

Papá Juan. ¡Ah, Currita, Currita! ¿A quién saldrá esa muñeca con tantas alas? ¿Eh? ¿Qué dices?

Trino. No he hablado ahora.

Papá Juan. Pues ¿para cuándo lo dejas, hombre? ¿Te irás mañana, Trino?

Trino. No, papá Juan, no. Me voy si usted no calla y reposa.

Papá Juan. Pues vete. *Breve pausa.* La pobre Gabriela qué comediada ha estado y qué bien. ¿Te fijaste? Me decían á mí de Gabriela... ¡Pobrecita! Y Filomena se creía que se nos iba á poner en jarras en mitad del jolgorio y que iba á aguar la fiesta... Sí, sí... ¿La viste tú, cuando Rafael algo bebido la obligó á que ella hablara, cómo le contestó? Pues no hizo más que coger á su hijo y darle un beso, y decir: «Esto es todo lo que yo digo.» ¿No fué poco, eh?

Trino. No, señor; fué bastante. Pero ya hablaremos de Gabriela y de cuanto debamos hablar.

Papá Juan. Y el chiquillo es monísimo; y más listo que un rayo... ¿Qué será que todos estos que vienen por la puerta falsa...? Misterios, misterios... Oye...

Trino. No oigo.

Papá Juan. ¿Por qué?

Trino. Porque no oigo; porque no quiero oír; porque quiero que usted descanse.

Papá Juan. Pues habla tú.

Trino. Tampoco hablo. A lo sumo canto, para dormirlo.

Papá Juan. ¡Y dale! No me duermo. Ni temas tú, que nada me ocurre... Comprende que si no me hablas, tengo que hablar yo... ¡Ay, Trino! ¿No sabes con qué ilusión esperé este día? En él estoy, y he visto junto a mí a todos los míos que aún viven... ¿Por qué fui yo elegido para lograrlo? ¿Por qué llegué a esta cumbre? ¿Por qué no perecí en el camino como los demás? ¿Por qué mueren los niños y los jóvenes... y vivo yo?

Trino. Silencio, papá Juan, silencio. ¿A qué hablar de la muerte ahora?

Papá Juan. Porque ahora está más cerca de mí la muerte que la vida. Y por más que aún sueño en la vida, pienso en la muerte. Y verás que hablo de ella tranquilo, sin miedo alguno; traiga consigo un reposo eterno, traiga una eterna vida para mi espíritu... queda abstraído. Los niños vuelven a cantar allá lejos. Pausa. ¿Quién canta?

Trino. Los chiquillos, allá por el extremo del jardín. ¿Le incomodan a usted?

Papá Juan. No.

Trino. Con todo, se va por el jardín. Poco después se alejan las voces de los niños, hasta hacerse apenas perceptibles.

Papá Juan. Trino... ¿Dónde vas, Trino? Este se ha empeñado en que me duerma. Le ha dado el vino por ahí... ¡Je! Como a la otra por hacerse amiga de Anto. ñón... Vuelve TRINO y observa a papá Juan. No; no duermo.

Trino. Correré, sin embargo, estos transparentes, que entra mucha luz.

Papá Juan. Haz lo que quieras, hombre. Mientras Trino corre los transparentes, óyense muy lejos las voces infantiles cantando. Luego cesan.

Trino. Así está mejor. Pausa. Ya duerme. Se sienta. Dejarlo allí á merced de todos hubiera sido una temeridad. Yo mismo estoy algo aturdido... Hála acaso un libro y lo hojea.

Llega CURRITA por el jardín.

Currita. ¡Trino! ¿Pero dónde te metes?

Trino. ¡Chist!

Currita. ¿Qué?

Trino. Calla.

Le señala á papá Juan dormido. Hablan á media voz.

Currita. ¡Ah! Papá Juan dormido. ¡El pobre!...

Trino. Lo quité de allí, temiendo que se pusiera malo.

Currita. Hiciste bien. Aquello ahora mismo es un infierno.

Trino. No levantes la voz.

Currita. Vámonos de aquí, que lo vamos á despertar.

Trino. No; no quiero irme, no venga alguno á importunarlo.

Currita. Pues... entonces... me iré yo. No se va. Me iré yo... porque si seguimos de charla... Me iré yo.

Trino. Teniendo un poco de cuidado... Quédate.

Currita. ¿Quieres tú que me quede?

Trino. Sí.

Currita. ¿Y si lo despertamos, Trino?

Trino. No lo despertamos: descuida. Quédate.

Currita. Bueno: puesto que tú lo quieres... La culpa de lo que suceda será tuya.

Trino. Nada más que mía.

Se sienta Currita junto á Trino. Ella contempla á papá Juan y Trino á ella.

Currita. ¡Pobre papá Juan! ¡Se le logró su anhelo! Espera un rato las palabras de Trino, el cual pone toda su elocuencia en los ojos, y al ver que no chista, le dice: ¡Lo que es así no le despertamos!

Trino. Riéndose. Cuando yo te he dicho que descuides...

Currita. ¿A vér?...

Trino. ¿Qué?

Currita. Está soñando.

Trino. ¿Sí?

Currita. Sí

Papá Juan. Entre sueños. Currita... Currita...

Trino. ¡Y sueña contigo!

Papá Juan. Currita...

Currita. ¡Conmigo! ¡Me quiere más!

Trino. ¿Y tú á él?

Currita. ¡Tanto como á mi padre lo quiero! Los viejos así no debían morirse. Son como libros que lo saben y lo dicen todo. Yo no lo dejo á sol ni á sombra, y por donde quiera que vamos, va siempre enseñándome. ¡Y á mí me gusta tanto saber! Sales con él al campo, y él te dice los nombres de todas las flores, de todas las yerbas, y de todos los árboles... Pasa volando un pájaro, y él ha de saber cómo se llama, y dónde hace el nido, y si es de plumas ó de barro... Asoma una estrella y te dice su nombre... Lo saluda un pastor, y conversa con él, y le da consejos para el ganado, y luego te cuenta quién es el pastor, y cuántos años tiene, y quién es su hija, y quién fué su madre, y hasta quién fué su abuela... Y cuando no son las cosas que ve, son las que ha visto y lleva siempre en el corazón. Currita, no hagas esto, que es malo; Currita, haz siempre aquello, que es bueno; Currita, oye: y me dice una máxima; Currita, cuando esto te suceda, acuérdate de esto: y me dice un refrán... ¿Y los cuentos que cuenta? ¿Y cómo los aplica á las historias de la gente que no son cuentos? De todo

entiende él, de todo habla... ¿No he de quererlo yo, con lo que él me quiere... y con lo que á mí me gusta querer... y que me quieran?

Trino. ¿Querer ó saber es lo que te gusta?

Currita. Las dos cosas. Querer me gusta mucho. Y que me quieran.

Trino. ¿Y hablar?

Currita. Más que á ti; que estás como en misa.

Trino. Si estoy escuchando...

Currita. ¿Y te gusta más escuchar que hablar?

Trino. Siendo tú quien habla... desde luego.

Pausa.

Currita. ¿Sigo?

Trino. Sí.

Currita. Es que á mí también me gusta escuchar.

Trino. ¿Sí?

Currita. ¡Ya lo creo!

Trino. Pues oye...

Papá Juan. Como antes. Trino... Trino...

Currita. Oye tú. Contigo es ahora.

Trino. Sueña con los dos...

Papá Juan. Trino...

Currita. Con los dos..

Trino. ¿Por qué soñará con los dos?

Currita. Se lo preguntaremos cuando despierte. ¿Y qué soñará?

Trino. Soñará... soñará .. Papá Juan es un viejo admirable. Sueña mucho dormido... y despierto. Es lo que más me emociona de él: que sueña todavía... Tiene cien años, y aún no ha puesto término á sus ilusiones. Yo tengo treinta, y algunas veces he pensado que mi vida ya no tiene objeto. Y cuando lo escucho á él cantando eternamente la esperanza, me río de lo mezquino de mis desengaños y de la pequeñez de mi espíritu. Porque ahí donde lo ves, si hasta aquí soñó con esta fiesta de familia, en que parecía concentrada toda la

fuerza ideal de su alma; toda su ilusión en este mundo, así que descanse de este sueño, él soñará con otra cosa.

Currita. Sueña ya.

Trino. ¿Sueña ya? ¿Tú lo sabes?

Currita. Sí.

Trino. ¿Y con qué cosa es? *Currita calla.* ¿No me lo dices?

Currita. No.

Trino. ¿Por qué?

Currita. Porque no. ¡En buen laberinto árabe iba á meterme!

Despierta papá Juan, y los observa complacido, dándose cuenta de lo que sucede entre ellos. A poco se levanta.

Trino. ¿Pues qué peligro hay en que me lo digas?

Currita. Peligro, ninguno; pero... vamos... que yo no te lo digo.

Trino. Pues yo se lo preguntaré á papá Juan cuando se despierte.

Currita. No; eso, menos...

Trino. ¿No vas tú á preguntarle lo que ha soñado de los dos?

Currita. Sí, pero... es distinto... Tú no sabes... Déjame.

Trino. ¿Que te deje, Currita?

Currita. Sí, Trino, sí. Al ver á papá Juan de pie. ¡Ay, papá Juan! ¿Estás viendo, Trino?

Trino. ¡Papá Juan!

Currita. Lo hemos despertado con nuestra charla. ¿Qué te dije?

Papá Juan. No; no ha sido la charla de ustedes la que me ha despertado.

Currita. ¿No?

Papá Juan. No. Ha sido una voz más lejana. Trino, ¿no oyes cantar muy lejos?

Trino. Prestando oído. No... Ahora, no.

Papá Juan. ¿Que no? Escucha bien... Es allá muy lejos... en el espacio... muy alto... muy lejos...

Trino. Comprendiéndolo. Ah, sí, papá Juan... Mirando á Currita y abrazándolo. ¡Ya, ya [oigo la voz lejana... ya la oigo!

Papá Juan. ¿Y tú, Currita? ¿La oyes tú también?

Currita. Yo, no... yo, no. .

Trino. ¡Yo, sí!

Currita. Yo, no...

Papá Juan. Pues oyéndola Trino... tú la oirás cuando la voz se acerque.

Currita. ¿Está usted seguro?

Papá Juan. Seguro estoy. ¿Ves, Trino, ves; tú que quisiste desertar de la vida? Aprende en mí: no te niegues nunca á la esperanza. La vida sigue; la primavera vuelve... Dormía yo descansando de un sueño... y me despertó la voz de otro. ¡La lucecita de los cuentos, Currita! ¡Y hoy tengo cien años!

Abraza á Trino con alegría, y Currita sigue escuchando sin oír, llena de emoción y curiosidad.

Mientras cae el telón suena allá á lo lejos de nuevo el canto de los niños.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, Setiembre, 1909.

Madrid, Noviembre, 1909.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Belén. 12. principal**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Gilito**, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (3.^a edición.)
- La media naranja**, juguete cómico. (3.^a edición.)
- El tío de la flauta**, juguete cómico. (3.^a edición.)
- El ojito derecho**, entremés. (3.^a edición.)
- La reja**, comedia en un acto. (4.^a edición.)
- La buena sombra**, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.^a edición.)
- El peregrino**, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.^a edición.)
- La vida íntima**, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
- Los borrachos**, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.^a edición.)
- El chiquillo**, entremés. (6.^a edición.)
- Las casas de cartón**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El traje de lues**, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.^a edición.)
- El patio**, comedia en dos actos. (4.^a edición.)
- El motete**, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El estreno**, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapi.
- Los Galeotes**, comedia en cuatro actos. (3.^a edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La pena**, drama en dos cuadros. (2.^a edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La azotea**, comedia en un acto. (2.^a edición.)
- El género infimo**, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
- El nido**, comedia en dos actos. (3.^a edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
- Las flores**, comedia en tres actos. (2.^a edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- Los piropos**, entremés. (2.^a edición.)
- El flechazo**, entremés. (2.^a edición.)
- El amor en el teatro**, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.^a edición.)
- Abanicos y panderetas ó ; & Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapi.
- La dicha ajena**, comedia en tres actos y un prólogo. (2.^a edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
- Pepita Reyes**, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
- Los meritorios**, pasillo.
- La zahorí**, entremés.
- La reina mora**, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- Zaragatas**, sainete en dos cuadros.
- La zagala**, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)

- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, apropósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchiorotti.
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitauza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés.
- Morritos**, entremés.
- Amor á oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
- El genio alegre**, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...** entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Valle.
- La patria chica**, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.
- A la luz de la luna**, paso de comedia.
- La escondida senda**, comedia en dos actos.
- El agua milagrosa**, paso de comedia.
- Las buñoleras**, entremés.
- Las de Caín**, comedia en tres actos.
- Las mil maravillas**, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
- Sangre gorda**, entremés.
- Amores y amoríos**, comedia en cuatro actos.
- El patinillo**, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
- Doña Clarines**, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.
- El centenario**, comedia en tres actos.
- La muela del Rey Farfán**, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
- Herida de muerte**, paso de comedia.
- El último capítulo**, paso de comedia.

~~~~~

**Pompas y honores**, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

**La madrecita**, novela publicada en *El cuento semanal*.







PRECIO: DOS PESETAS





**RARE BOOK  
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL**

PQ6217  
.T44  
v.16  
no.1-14

